



MARÍA JULIA HERNÁNDEZ
EN EL TIEMPO

Claudia Hérodier
Editora

MARÍA JULIA HERNÁNDEZ
EN EL TIEMPO

Claudia Hérodier
Editora

Ing. Hugo Martínez
Ministro de Relaciones Exteriores
Director Nacional Comisión Bicentenario de El Salvador

Coordinación General

Ana Magdalena Granadino
Directora General de Cultura

Logística

Mirna Fuente de Aguirre
Dirección General de Cultura
Ministerio de Relaciones Exteriores

Coordinación Editorial

Claudia Hérodier

Agradecimientos especiales:

Gloria Hernández Chavarría
Mons. Gregorio Rosa Chávez
Mons. Ricardo Urioste
Padre José María Tojeira S.J.
Paula Figueroa
David Morales
Nidia Díaz
María Elena Galván de Girón
María Ester Alvarenga
Ovidio Mauricio González
Claudia Hérodier

Quienes con sus testimonios han hecho realidad este homenaje en honor de la Dra. María Julia Hernández.

Diseño y diagramación

Ana Magdalena Granadino
Renzo E Dante Ozner
Rodas&Rivas Diseño Gráfico y Publicidad

Impresión

Talleres Gráficos UCA

Colección

1810-2010
Mujeres y Hombres
Protagonistas de Nuestra Historia

Dirección General de Cultura
Ministerio de Relaciones Exteriores
El Salvador

Primera edición

Esta edición consta de 3,000 ejemplares
Impresos en San Salvador,
2011.

Derechos Reservados. Prohibida su reproducción total o parcial.
Hecho el depósito que marca la ley.

MARÍA JULIA HERNÁNDEZ

EN EL TIEMPO

Contenido

UNA HERMANA EN LA MEMORIA	Gloria Hernández Chavarría	11
TESTIMONIO SOBRE MARÍA JULIA HERNÁNDEZ	María Elena Galván de Girón	17
POR SU CATEGORÍA HUMANA, EXTRAORDINARIA MUJER	Monseñor Ricardo Urioste	21
¿CÓMO HACER IGLESIA DESDE UN LAICADO?	Paula Figueroa	25
MARÍA JULIA HERNÁNDEZ UNA GRAN MUJER	Monseñor Gregorio Rosa Chávez	29
¡GRACIAS, MARÍA JULIA!	María Ester Alvarenga	33
MARÍA JULIA HERNÁNDEZ FERVIENTE DEFENSORA DE LOS DERECHOS HUMANOS	Nidia Díaz	39
MIS RECUERDOS SOBRE MARÍA JULIA HERNÁNDEZ	David Morales	45
MARÍA JULIA HERNÁNDEZ: PLENAMENTE MUJER	Padre José María Tojeira S.J.	51
LOS DERECHOS HUMANOS NO TIENEN HORARIO	Ovidio Mauricio González	57
¿QUIÉN ERA MARÍA JULIA EN REALIDAD?	Claudia Hérodier	61

El Ministerio de Relaciones Exteriores de la República de El Salvador, como parte de las celebraciones del Bicentenario de la Independencia (1811-1821) se complace en presentar el libro “María Julia Hernández en el Tiempo”, dentro de la Colección 1810-2010 Mujeres y Hombres Protagonistas de Nuestra Historia, una obra que recoge el legado de la Doctora María Julia Hernández, fundadora y directora de Tutela Legal del Arzobispado, a través de las impresiones, anécdotas e historias únicas de once personas que la conocieron y compartieron con ella en algún momento de su ejemplar vida y fueron, asimismo, tocados profundamente por su muerte.

Mujer multifacética, modesta, afable, sincera, solidaria, muy espiritual, consecuente, son algunos de los adjetivos que los interlocutores usan a lo largo de los relatos incluidos en este libro en un intento por plasmar lo más fielmente posible el carácter, talento y compromiso de María Julia con la justicia, la verdad y su visión integral de los derechos humanos.

Fiel seguidora de las enseñanzas de Monseñor Óscar Arnulfo Romero y cercana colaboradora de Monseñor Arturo Rivera y Damas, María Julia es reconocida como la valiente defensora de los derechos humanos de El Salvador durante la guerra civil. Después de los Acuerdos de Paz, ella siguió siendo una incansable luchadora en contra de la impunidad, en defensa de las víctimas y los más vulnerables, hasta el día de su muerte.

Su trayectoria la llevó a recibir reconocimientos por la reivindicación de los derechos humanos en muchos países. También recibió en 1992 el Doctorado Honoris Causa en Servicio Público de la Saint Joseph’s University, en Filadelfia; y en 2004 el Doctorado Honoris Causa en Derechos Humanos de la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” (UCA). En 2005 estuvo nominada al premio Nobel de la Paz, en conjunto con un grupo de mujeres salvadoreñas.

En lo personal considero que la obra de María Julia es un testimonio que muestra lo mejor del ser humano: la solidaridad, el consuelo y la defensa de la dignidad de los débiles, no sólo en los trágicos años de la guerra civil, sino también en las décadas históricas del proceso de paz y de la búsqueda de la democracia efectiva en El Salvador. Ella, con su esfuerzo, contribuyó a construir el sistema de libertades que los salvadoreños y salvadoreñas gozamos hoy. Ese es precisamente el legado que hemos querido honrar al publicar este libro.

Hugo Martínez
Ministro de Relaciones Exteriores

NOTA ACLARATORIA

Valga como nota aclaratoria decir que, salvo los textos de José María Tojeira y David Morales (que son resultado neto de su pluma), los demás son producto de lo que este último califica como esfuerzo periodístico realizado por mi persona, en la medida que fueron redactados en base a entrevistas (escritas o habladas) efectuadas recientemente a los hoy firmantes de los mismos, aunadas a otros aportes como diversos textos de su autoría, documentos varios que venían al caso, rastreo de datos por Internet, entre otros, así como las revisiones hechas a conciencia por cada uno de ellos antes de dar su debida aprobación.

A su vez, el tono coloquial de los mismos obedece a la intención de obtener la sensación de 'lo escuchado' (lo oral) en lo escrito ('lo leído'), o lo que es lo mismo, al esfuerzo de situar el testimonio brindado como si fuera una conversación íntima de los testigos (de los guardianes de la memoria, que hablan) con los lectores (que también son testigos), pues creo que, aparte de la paridad de interlocutores que presupone su uso, (el uso del tono coloquial entre personas, entre testigos de una época, entre miembros de una misma familia humana como es la nuestra), la memoria (que es de lo que trata este libro), tanto la colectiva como la individual, pertenece a lo más hondo y entrañable de nuestra vida y de nuestra historia y, por lo mismo, al ámbito más personal del ser humano, entendiendo este 'personal', como aquello que nos ha ido conformando como persona, o nos va haciendo más persona.

Por otra parte, quiero decir que pese a que conocí a María Julia en 1970 y que por lógica lineal esto tendría que haber situado mi texto en segundo o tercer lugar en este libro, quise dejarlo al final, primero que nada porque María Elena Galván sintetizó muy bien la época de estudiantes, no teniendo yo más qué agregar que no sean puras repeticiones; segundo, porque todos han ido enfocando a María Julia a partir de un elemento para mí desconocido como cosa propia, como es aquel de la Defensa de los Derechos Humanos, ya fuera porque confiaran en ella para ejecutarla a cabalidad, tal el caso de Monseñor Urioste y Monseñor Gregorio Rosa Chávez; o porque se beneficiaran de su accionar (Ester, Nidia, José María Tojeira, en representación de los jesuitas); o bien porque colaboraron con ella (como Paula Figueroa, David Morales y Ovidio González); o simplemente porque participaron de esta faceta suya trascendental para el país, como es el caso de María Elena. Lo mío, por el contrario, es otra cosa. Es amistad □monda y lironda□, compañerismo estudiantil, gusto por compartir ideas y experiencias, cariño imperecedero y... nada más, pero tampoco nada menos y por eso estoy aquí, tratando de contarles el por qué este libro se abre con el testimonio de Gloria, su hermana, y se cierra conmigo. Eso es todo. Por ello me callo y los dejo en presencia de todas estas personas que conocieron a María Julia y, sobre todo, que la amaron con el corazón limpio.

Claudia Hérodier

MARÍA
JULIA
HERNÁNDEZ

MARÍA

MARÍA

JULIA

JULIA

MARÍA



María Julia Hernández, en el Colegio.

Una hermana en la memoria

Gloria Hernández Chavarría

Mi hermana y yo no fuimos amigas, ni cheras ¹, ni confidentes. Sencillamente fuimos hermanas, con todo lo que esta hermosa palabra significa. Y es a la luz de esta relación fraterna tan estrecha, que mantuvimos durante toda nuestra vida, que trataré de traerla a estas páginas a modo de acercarla a ustedes, los lectores de hoy, los lectores de mañana... Siempre unidas, tanto en las malas como en las buenas, descansando nuestras penas y alegrías la una en la otra, queriéndonos, respetándonos y ¿por qué no decirlo? a veces incursionando ya sea la una o la otra en nuestros respectivos Jardines Secretos. Este gran cariño fue compartido por C. Rubén, el menor, quien así completaba este trío de hermanos que se adoró hasta la muerte.

José Rubén Hernández Barahona ², nuestro padre, que desde muy joven había optado por una profesión liberal que le permitiera vivir y proveer a su familia de una forma independiente, había empezado a estudiar la carrera de Leyes en San Salvador, pero por razones que desconozco, no logró terminarla sino en la ciudad de México, en donde se graduó. Ya casado y apoyado por mi madre ³, esa profesión contribuyó grandemente para que nosotros sus hijos estructuráramos valores morales y sociales alrededor de la libertad de conciencia y de pensamiento, así como que nos ayudara a optar, llegado el momento, por la independencia y el amor a los estudios.

Hasta donde mis recuerdos llegan, la infancia de mi hermana transcurrió en calma como la de cualquier niño de clase media en el San Salvador de aquel entonces, quieto y provinciano: ir al colegio y regresar a casa a jugar en el patio y en la tarde a colorear unas láminas o a escuchar unas canciones de un programa infantil que pasaban en una estación de radio.

De esa época, más o menos el periodo de su kínder, recuerdo que Julita, como cariñosamente la llamábamos en la familia, parecía tener una buena memoria, pues con solo oír las canciones una vez, era capaz de repetir las letras sin dificultad. ¡Pasaba horas en ese afán y cómo le gustaba cantar! Lo hacía sentada ante una mesita en donde antes había puesto, muy seria, algunas hojas de papel para colorear, o bien algunos ejemplares de las revistas infantiles que nos compraban en casa, como Billiken ⁴ o El Peneca ⁵, para ver las hermosas portadas o sus láminas a colores.

¹. N.E. De acuerdo al Diccionario de la Real Academia de la Lengua: El Salv. y Hond. Amigo, compañero, camarada.

². N.E. Originario de San Vicente, hijo de agricultores. Desde muy joven se trasladó a estudiar a San Salvador.

³. N.E. María Chavarría Renderos, originaria de San Salvador en donde vivió con su madre, estudió en el colegio Santa Inés de Santa Tecla, a pocos kilómetros de la capital. Su padre, también agricultor, era de Santiago de María, Usulután. Departamento de El Salvador.

⁴. N. E. Billiken: Revista infantil argentina de aparición semanal, la más antigua de habla hispana, creada por el periodista uruguayo Constancio C. Vigil. Su primer número apareció el 17 de noviembre de 1919, editado por la Editorial Atlántida. El 12 de marzo de 2010 la revista publicó su número 4700. Se vende en la Argentina, Uruguay y otros países sudamericanos. <http://es.wikipedia.org/wiki/Billiken>

⁵. N. E. El peneca, fue una revista infantil de historietas chilena, que fue publicada por primera vez el 23 de noviembre de 1908, por la Editorial Zig-Zag, logrando mantenerse hasta 1960, año en que finalizó. http://es.wikipedia.org/wiki/El_Peneca En 2008, a cien años de su fundación, la Biblioteca Nacional de Chile conmemoró el acontecimiento con una extraordinaria exposición acompañada de charlas y mesas redondas.

<http://arteenlared.com/latinoamerica/chile/la-magia-y-el-color-de-el-peneca-reviven-en-la-biblioteca-nac-2.html>

Cuando supo leer, devoraba los libros de cuentos y era difícil arrancarla de sus páginas, porque debo decir, que nosotros, los niños de la familia, desde muy pequeños nos aficionamos a la lectura y a estar al tanto de las noticias del día. Claro que a ello contribuía el hecho de que en casa se recibían los diarios La Prensa Gráfica y El Diario de Hoy, así que ya cuando todos pudimos leer, era frecuente que los fines de semana nos peleáramos para ver quién leía primero los muñequitos.

Por otro lado, también pronto empezó María Julia a disfrutar de los placeres del campo, y era frecuente escucharla pedir (en su media lengua y con mucho entusiasmo) que la llevaran a visitar a la “Señora de la Vaquita”, una señora de un pueblo cercano que tenía un par de vacas flacas, pero que para ella —al igual que para nosotros, mi hermano y yo— era todo un espectáculo ir a verlas.

Más grandecita, cómo le gustaba el que los fines de semana fuéramos a pasear en familia, a veces al campo, a una hacienda a orillas del Río Lempa, propiedad de una tía, o bien que nos quedáramos en San Salvador, porque así podíamos ir a los cines de entonces a ver las películas de vaqueros a las cuales nos habíamos aficionado. Estas salidas, en ocasiones se combinaban con la asistencia al Teatro Nacional a escuchar en vivo a los Churumbeles de España, o a los Niños Cantores de Viena y creo recordar que hasta pudimos ver algunas operetas. Por lógica elemental, ⁶ a la salida de estas sesiones era casi obligatorio pasar a comprar un sorbete a un lugar que quedaba muy cerca del Teatro, que se llamaba Sorbelandia, y era muy concurrido.

Pocos años después, y a raíz de un viaje que hicimos con nuestros padres a un lugar de Chiapas, en México, Julita atrapó un resfriado que empeoró cuando regresamos a San Salvador y los médicos dictaminaron que padecía de asma ⁷. La verdad era que esto se debió al hecho de que mi hermana y yo, así como los niños de la familia que fuimos a visitar, pasamos toda esa temporada jugando a la orilla de un río, mojándonos todo el día, y porque en la tarde, ya cuando refrescaba, no nos poníamos el suéter. Indudablemente, a partir de ese momento su vida sufrió un cambio en el sentido que ya no pudo correr libremente, ni subirse a los árboles, ni comer hojas de jocote como acostumbraba, pues mamá la protegía mucho y pensaba que esas cosas le daban la alergia que desencadenaba las crisis y eran éstas tan agudas, que no solamente faltaba al colegio, sino que también en algunas ocasiones temimos perderla.

Con el tiempo y los tratamientos médicos su salud mejoró, pero mamá seguía cuidándola de las cosas que podían agravarle el problema o provocarle alguna crisis, ya que es sabido que el asma no tiene cura, es terriblemente molesta y en ocasiones, debido a las crisis muy severas que ocasiona, puede ser mortal, todo lo cual nos mantenía en permanente zozobra y en constantes pláticas. Quizás por ese motivo, pues los niños bien que se percatan de las angustias de los grandes, o quizás porque le escuchó a alguien algún comentario al respecto, se le ocurrió que podría practicar el boxeo y que yo fuera su contrincante. Nada formal, solamente un juego.

Así, aprovechando el equipo de nuestro hermano (que tenía uno muy bueno), todas las tardes enfilábamos los guantes y jugábamos a boxear. Al principio siempre ganaba yo: ¡la hermana mayor!, pero con el tiempo ella fue ganando en fuerza y yo empecé a recibir mis buenos trompones ⁸, por lo que decidí no seguir en esas actividades. Ya era tarde... a esas alturas, ella había logrado su objetivo y había demostrado a mamá que el esfuerzo

⁶. N.E. Entiéndase: insistencia infantil.

⁷. N.E. Asma: Enfermedad crónica que obstruye al aparato respiratorio debido a la inflamación de los conductos que lleva airea los pulmones, como consecuencia de exagerada sensibilidad o alergia hacia elementos irritantes, por ejemplo, polen, humo, polvo, algunos medicamentos o pelo de animales. Se manifiesta con ahogo, tos, opresión en el pecho y silbidos al respirar.

<http://www.findrxonline.com/articulos-medica/asma.html>

⁸. N.E. Golpes.

físico no le producía crisis asmáticas y que, por el contrario, parecían fortalecerla. De ahí que se empeñara en superar a como fuera su enfermedad y debo decir que con el tiempo así fue.

Claro que tardó mucho, pero en esa época, en la que todavía estaba sometida a constantes revisiones médicas y cuidados de toda índole, la familia entera tuvo mucho recelo cuando arrancó formalmente su educación, pues temimos que aquello fuera motivo de constantes ausencias escolares y problemas aledaños. Sin embargo, pese a que algunas veces esto sucedió, sus estudios primarios y secundarios los realizó venturosamente en el colegio Sagrado Corazón de San Salvador y siempre se destacó (desde muy pequeña) como una brillante alumna y fue durante toda su vida estudiantil muy condecorada y galardonada por sus esfuerzos intelectuales. No hay duda que ya desde entonces era empecinada y que tenía un gran carácter.

Carácter fuerte, sí, pero era tranquila, jovial y poseía un alto sentido de la disciplina y la responsabilidad: ¡lo que emprendía lo terminaba! y si no recuerdo mal, nunca se acostó sin terminar sus tareas escolares y en muchas ocasiones papá o mamá tenían que llevarla en brazos a su cama porque se había quedado dormida con los libros en las manos.

Durante su adolescencia, Julita también fue una chica serena y feliz. Alternaba con sus amigas y amigos en pequeñas reuniones de tipo familiar, pese a que de jovencitas, nosotras nunca fuimos ni a bailes ni a grandes fiestas. Sin embargo, sí asistimos a muchos paseos. ¡Cómo le gustaba ir al mar! la buena música, la buena comida y sobre todo, los buenos libros. Tengo tan presente a papá con nosotras de la mano, pues cuando terminábamos el colegio, allá por octubre, y para que pasáramos entretenidas en las vacaciones, él nos llevaba a la librería Cultural Salvadoreña (famosísima en aquellos tiempos) y nos compraba todos los libros que nosotras le pedíamos. ¡Era realmente hermoso!

Pero, bueno, el tiempo fue pasando y siendo aún adolescentes sufrimos una larga separación pues yo tuve que partir al extranjero a continuar mis estudios mientras ella se quedaba en San Salvador. Por supuesto, siempre mantuvimos una correspondencia muy fluida y es por eso que pude darme cuenta que su personalidad, ya de por sí generosa, sociable, decidida y muy segura de sí misma, se iba inclinando poco a poco al servicio social, impregnado de un cierto sentir religioso muy sincero en ella, aunque pienso que no exento de la influencia de las monjas del colegio donde estudiaba, así como de la de los capellanes que atendían al alumnado, que eran jesuitas. Ya se sabe: buena chica o buen chico, buena o buen estudiante, candidata o candidato seguro para nutrir vocaciones.

Al terminar su bachillerato, mis padres decidieron que se fuera a estudiar inglés a los Estados Unidos y ahí vivió unos tres o cuatro años, al cabo de los cuales, aunque tenía residencia permanente, decidió regresar a San Salvador, ciudad en la que permaneció muy poco tiempo pues casi enseguida partió al norte de España, decidida a ingresar en una comunidad de religiosas mercedarias. Estuvo ahí algunos años pero también esta vez regresó a El Salvador dispuesta a quedarse definitivamente. Fue cuando comenzó a estudiar filosofía en la Universidad Centroamericana “José Simeón Canas”, UCA, en 1970, y que (más o menos por el año 1977) comenzó a trabajar con Monseñor Romero.

Acerca de esto, debo decir que no sé cómo conoció a Monseñor Romero, ni quién la llevó ahí, pero el caso es que ese encuentro le permitió realizar algo para lo cual, aún sin saberlo, se había estado preparando toda su vida: llegar a ser una gran defensora de los Derechos Humanos, en un país ya para entonces hundido en una guerra civil.

En mi opinión, sin más fundamento que mis creencias religiosas, creo que fue la mano de Dios que la condujo hasta nuestro Obispo Mártir, así como fue esta mano la que nos condujo a que ya a principios del año 1981, debido al clima de terror que se vivía en El Salvador, huyendo de la guerra, decidimos, toda la familia, trasladarnos a otro país. Mi hermana se negó a acompañarnos y nos dijo que ella se quedaba trabajando por su patria.

Hasta ese momento, sólo sabíamos que trabajaba en la Arquidiócesis de San Salvador, pero al tiempo, y ya desde el exterior, nos enteramos que había sido nombrada Directora de Tutela Legal del Arzobispado y que su labor consistía en dar asistencia a las víctimas civiles del conflicto armado. Esto nos sumía en una gran zozobra y temíamos mucho por su seguridad. Vivíamos en la angustia que, de un momento a otro, nos llegara una mala noticia y, sobre todo, lo que más nos dolía es que no podíamos estar a su lado para consolarla y compartir con ella sus penas, sus temores, sus angustias. Las circunstancias de la vida nos habían separado y yo ya no podía decirle: hermana, te acompaño en el peligro. A pesar de todo, nosotros, como familia, siempre respetamos su decisión de hacer y conducir su vida como ella lo creyera conveniente y siempre contó con nuestro apoyo, pese a que como ya dije, no supiéramos los detalles concernientes a su trabajo, pues acerca de esto mi hermana guardó un hermetismo total. Nunca nos contó qué hacía, ni cómo lo hacía o con quién lo hacía, y esta es hora en que yo ignoro casi todo y lo que sé se lo debo a testimonios de personas que trabajaron con ella o recibieron algo de ella o a cosas que han sido publicadas.

Como es lógico suponer y como ya dije, durante todo ese tiempo de la guerra, tanto a mis padres como a mis hijos y a mí misma nos atemorizaba que ella viviera en San Salvador, pues de todos era conocido que las personas que trabajaban en Tutela Legal eran amenazadas, perseguidas y que sus vidas corrían peligro, especialmente la Directora.

Aunque Julita era soltera por decisión propia (algo muy difícil de comprender en una sociedad tan profundamente machista como la nuestra), y no tenía a su lado un marido o un hijo que la protegiera, siempre tuvo la precaución de hablar muy poco de su familia y no decir adónde residíamos a modo de protegernos ella a nosotros. Sin embargo, con el tiempo se supo y así fue cómo, en algunas ocasiones, recibimos mensajes de personas (no sé hasta qué punto bien intencionadas), en los que le decían a mi padre que era urgente que obligara a mi hermana a salir corriendo de El Salvador, que ya pronto la matarían, pues figuraba en las listas de los escuadrones de la muerte y a veces hasta fecha ponían. Debido a esta situación de peligro permanente para ella a través nuestro o para nosotros directamente, durante muchos años ningún miembro de la familia regresó a El Salvador, lo que no impidió que ella viniera a Canadá todos los años, a pasar las vacaciones de Navidad con nosotros. Esos días, y pese a lo contradictorio que resulte, eran los más cálidos del año y para ella sus verdaderos momentos de descanso. Su llegada constituía una gran alegría; nos traía semita y noticias y toda la familia se reunía en mi casa para celebrar. Por supuesto, casi inmediatamente de llegar y acompañada por sus ahijados (mis primeros nietos), se calzaba unos esquís y se deslizaba por una pequeña pendiente, porque le fascinaba la nieve. Se caía, se levantaba y así, con tenacidad, seguía ensayando hasta que lograba el equilibrio.

No hay duda que María Julia fue una mujer muy valiente. Luchó incansablemente para que en nuestro país se respetaran los Derechos Humanos y debido a su gran labor en ese campo y en el de la Justicia Social recibió muchos reconocimientos tanto a nivel nacional como internacional, entre ellos, dos doctorados Honoris Causa, uno por Saint Joseph's University, Filadelfia, Estados Unidos (1992), y otro por su Alma Mater, la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas" (UCA, 2004), por mencionar algunos.

Sus convicciones eran tan fuertes e importantes, que recuerdo cómo me impresionó ⁹ que poco antes de morir, ya sintiéndose enferma, se presentó a la Asamblea Legislativa con un escrito para impedir que se rindiera homenaje a Roberto d'Aubuisson, acusado de ser el autor intelectual del asesinato de Monseñor Romero y de miles y miles de salvadoreños.

Durante toda la época de la guerra, la derecha la acusó de estar con la guerrilla, de ser terrorista y quién sabe cuántas cosas más, pero por lo que he ido sabiendo, ya muerta ella y a través de sus más estrechos colaboradores, la verdad es que la neutralidad fue su escudo y gracias a ello consiguió un alto grado de credibilidad y transparencia, reconocido internacionalmente.

Hermana pasaste por este mundo
como un astro luminoso en su carrera hacia el infinito,
pero en el camino de nuestras vidas
tu luz dejó indelebles huellas.

⁹. N.E. Gloria Hernández había llegado a El Salvador a finales de 2006 a pasar una larga temporada con su hermana, (todavía convaleciente a causa de una hospitalización ese mismo año) que se prolongó hasta febrero de 2007. Ambas ignorabanque serían los últimos días compartidos.

MARÍA
JULIA
HERNÁNDEZ

MARÍA

MARÍA

JULIA

JULIA

MARÍA



María Elena Galván, María Julia Hernández y Claudia Hérodier.

Testimonio sobre María Julia Hernández

María Elena Galván Bonilla de Girón

Conocí a María Julia en la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” (UCA), en 1970, cuando regresaba a retomar mi carrera de Filosofía luego de una beca de intercambio en los EUA. En ella me llamó la atención, desde un inicio, su fuerza y determinación para opinar, para participar, cualidades inherentes a su personalidad que no la abandonaron jamás. Como compañeras de carrera, compartimos experiencias maravillosas de la vida, la amistad, la lucha por la justicia, al tiempo que disfrutamos el estudio universitario no sólo por la excelencia de nuestros maestros y la guía que nos daban, sino porque ello permitió que profundizáramos al máximo de acuerdo a nuestros intereses y capacidades.

Por otra parte, ¿cómo olvidar las tertulias que teníamos extra clases?, que para jóvenes todavía adolescentes o en la veintena de años como nosotros, resultaban extraordinarias – aunque María Julia era mayor, y había llegado a la UCA después de realizar estudios y trabajos con la Iglesia en distintos países, España, Estados Unidos, México –, pues tenían mucho contenido cultural, mucho humor, y se charlaba y discutía sobre lo que acontecía en el país, sobre nuestras vidas e ideales. Íbamos a las casas o fincas de distintas compañeras a las que asistían nuestros maestros jesuitas, así como los juniors¹ (que prácticamente constituían la mitad de nuestra clase) y hay que decir que el nivel intelectual de nuestro curso era bastante elevado ya que nos tomábamos muy a pecho el aprender y el descubrir nuevas realidades e interpretarlas a la luz de los nuevos saberes. De esa forma, disfrutamos plena y profundamente nuestros años universitarios y éstos dejaron una huella indeleble en nosotros y un cariño y una confianza muy grandes, de modo que la amistad con María Julia continuó el resto de nuestra vida, hasta su fallecimiento, y se fortaleció con el trabajo eclesial, pues compartimos de forma muy especial nuestra fe en Jesús y nuestro compromiso con el prójimo, a través de la Iglesia solidaria de entonces.

Cuando egresamos de la universidad cada quien comenzó su vida: yo me casé y ella comenzó a dar clases en la Universidad Nacional de El Salvador (UES), pero los hechos de nuestro país nos mantuvieron en contacto fraterno y solidario, sobre todo porque la represión contra la iglesia arreció tocando comunidades donde trabajaban compañeros nuestros en la evangelización, alfabetización y organización de gente campesina, humilde. En febrero de 1977 nombraron Arzobispo a Monseñor Óscar Arnulfo Romero y enseguida (el 12 de marzo), asesinaron, junto a un niño y un anciano de su comunidad, al primer jesuita en El Salvador, Padre Rutilio Grande, quien luego de cumplir 75 años se había retirado del rectorado del Seminario de San José de la Montaña y había solicitado a su Orden poder servir de párroco en la zona rural donde nació: Aguilares, que comprendía su pueblo natal, El Paisnal. Ese mismo día del ametrallamiento, entre millares de personas, María Julia, Ana Cristina Cepeda, su esposo de entonces,

¹ N.E. Jóvenes estudiantes de jesuitas que ya terminaron su noviciado y se inician en los estudios de humanidades.

Humberto (mi esposo) y yo, fuimos a Aguilares y para nuestra sorpresa, ahí conocimos a Monseñor Romero que también llegó a dar su apoyo y condolencias. Nos impactó su humildad, su amor a la Iglesia y a su sacerdote que en ese momento había sido atacada en forma tan cruel e injustificada.

Ninguno de nosotros esperábamos que él llegara ni que manifestara tan genuina pena, asombro y desconcierto por lo que había sucedido. Esa casa parroquial, el templo y los patios estaban repletos de gente que había llegado adolorida y asustada porque habían asesinado a su párroco, mientras algunas personas estaban preparando comida, café y pan dulce, para toda esa muchedumbre. Monseñor quedó asombrado en medio de su propio dolor y desconcierto. Dolor, pues como supimos más tarde, conocía personalmente al padre Rutilio Grande desde el Seminario Mayor de la Arquidiócesis donde había sido su maestro y le tenía respeto y cariño; y asombro, de toda esa vida y organización parroquial, de todo ese compartir en una inmensa comunidad. Apenas tenía un mes de haber asumido como Arzobispo de la Arquidiócesis de San Salvador y Monseñor Romero estuvo ahí, aunando fuerzas con su presencia, compartiendo con todos sus fieles en medio de aquella conmoción eclesial y nacional. Eso nos ganó el respeto hacia su persona: su sinceridad, su humildad, su capacidad de conmoverse. Su actitud correcta de no pasar por alto, algo tan impactante. A raíz de esa situación, (nunca experimentada por nosotros, pese a que el país ya había vivido coyunturas similares de represión y dictadura en décadas anteriores, (1932 y 1944), semanas después el nuevo Arzobispo hizo un llamado a todas las fuerzas vivas para que trabajáramos y apoyáramos en la inmensa labor de amparo que tenía que asumir la Iglesia por todas las parroquias y personas que estaban siendo atacadas, desplazadas, asesinadas. Llamó a los universitarios y a ese llamado atendimos un grupo de egresados de la UCA. Transmití esa invitación a mis amigos y compañeros (que me llegó de boca de una antigua militante católica, doña Ondina de Castillo, muy amiga de Monseñor Romero y de Monseñor Rivera), pues sabía que sin duda alguna aceptarían debido a que todos habíamos quedado admirados por la forma valiente y sincera en que el nuevo Arzobispo había reaccionado.

Nos hicimos presentes y colaboramos en todo lo que Monseñor nos pidió. Así, María Julia Hernández, Ana Cristina Cepeda, Armando Oliva, Héctor Samour y mi persona, acompañada de mi esposo, Humberto Girón, participamos elaborando un programa radial de oración para campesinos que era escuchado en todo el país. Duraba 15 minutos, y se transmitió diariamente a las 5 de la mañana por dos años seguidos en la YSAX, estación de la Iglesia. Después, entre María Julia y yo, hicimos un programa de Derechos Humanos una vez por semana, al mediodía, que también tuvo gran audiencia. Monseñor nos puso de asesor para los programas al Padre Rogelio Pedraz, jesuita, que vino de Honduras a encargarse de la Radio y de Orientación, el periódico de la Iglesia. Paralelamente, María Julia y yo también colaboramos en la Comisión Arquidiocesana de Laicos que Monseñor monitoreaba y animaba personalmente, aunque luego lo hizo a través de un asesor, el sacerdote diocesano Rafael Palacios, que sería asesinado en una calle de Santa Tecla apenas un año o unos meses después. Ahí compartimos y participamos con todos los párrocos y vicarios de la Arquidiócesis, varios de los cuales también fueron asesinados según se ampliaba la represión y se sentían los efectos de la nueva pastoral, que enfurecía a la clase pudiente. La idea de Monseñor fue impulsar todos juntos (sacerdotes y laicos) las líneas de la nueva pastoral de la Iglesia bajo el lema Sentir con la Iglesia y asegurarnos que todo se llevara a cabo según las recomendaciones del Concilio Vaticano II, las Encíclicas papales posteriores a éste y las reuniones de los Obispos Latinoamericanos en Medellín y Puebla.

María Julia y Humberto, mi esposo, elaboraron un plan de distribución de Orientación, para todo el país, y ambos se encargaron de equipar la Radio YSAX y la Imprenta Criterio con la mejor maquinaria y equipo, ya que ambas habían sido dinamitadas. Ellos elaboraron los proyectos, recibieron las máquinas y montaron las plantas, junto al Padre Pedraz. Durante toda

esa época, María Julia, Humberto y yo, no sólo vivimos momentos de gran emoción y aventura en el cumplimiento de las tareas que el Arzobispo nos encomendaba, sino también de inmenso terror por cuanto teníamos que estar visitando todas las parroquias, recorriendo lugares apartados de la ciudad y muchos otros lugares remotos, en donde había mucha presencia del ejército, retenes y rastreo de zonas y sentíamos el temor y la represión.

Recuerdo en especial una noche, luego de grabar el programa de radio, (que íbamos a entregar a la antigua estación de la YSAX² en un edificio a la par de Catedral, todavía en construcción) que justo cuando llevábamos a María Julia a su casa nos detuvieron unos soldados armados que se subieron en el asiento de atrás de nuestra camioneta, encañonando a María Julia, para trasladarnos al cuartel general de la Policía, y todo por un libro que ella estaba leyendo para explicar un tema a sus alumnos de Filosofía de la UES, titulado Epistemología Marxista, sobre Teoría del Conocimiento. Nos llevaron al sótano del Cuartel General de la Policía Nacional... María Julia no quería que esperáramos por ella, ni que la acompañáramos, pero nosotros no quisimos dejarla sola y bajamos. Ahí nos encontramos con varios sujetos vestidos de civil, con caras que en aquellos momentos a mí me parecieron de asesinos o torturadores ya que nos miraron de pies a cabeza como si fuéramos a ser sus próximas víctimas. Interrogaron a María Julia, pero al final la soltaron, pues el libro no hablaba nada de revolución ni cosa que se parezca y nos salvamos de milagro. La verdad es que como yo estaba embarazada, llevaba en el carro una cestita de costura con unas telas que estaba bordando y cuando nos detuvieron en el retén, metí rápidamente las casetes de los programas de radio entre los hilos y las telas, y no les llamé la atención a los agentes, por eso no la registraron, si no, otra suerte hubiéramos corrido.

Otra noche, estábamos en las gradas de la entrada del Seminario Mayor de San José de la Montaña esperando que mi esposo nos llegara a recoger, luego de una reunión de la Comisión de Laicos, (porque ahí funcionaba el Arzobispado en ese entonces), cuando hubo una batida del ejército por toda la zona. Estábamos platicando y, de repente, vimos cómo muchísimos soldados rodearon y avanzaron hacia el Seminario y sólo ella y yo ahí afuera muertas de miedo, con nuestros cuadernos de notas de las reuniones y las agendas de actividades. Sólo se nos ocurrió correr a botar las carteras y cuadernos a unas plantas que estaban por ahí cerca y nos quedamos esperando lo peor, porque ya no nos daba tiempo de nada. Llegaron los soldados, revisaron todo, inclusive a nosotras; encontraron las carteras, los cuadernos y los revisaron, nos preguntaron qué hacíamos ahí y les dijimos que esperábamos a mi esposo que llegaría a recogerlos pronto. Como el lugar queda en alto, lo habíamos visto venir y tener que dar un rodeo con el carro para tratar de acercarse por el lado de la Iglesia San José de la Montaña. Él no sabía que también ahí estaba lleno de soldados, pero por dicha, cuando se bajó del carro, no lo detuvieron. Los soldados nos devolvieron las carteras y cuadernos y se marcharon tan rápidamente como llegaron. Así, milagrosamente nos pudimos ir a nuestras casas, temblando del susto.

En 1980, con María Julia también dimos clases en el Colegio Sagrado Corazón. Para entonces, la situación era muchísimo más peligrosa y resultaba difícil moverse y hacer cualquier cosa, no sólo para la gente de iglesia o del campo, sino para toda la población: maestros, periodistas, estudiantes... ya no se diga los líderes políticos, todo se había complicado. Entre el alumnado y los padres de familia existía una gran polarización pues para entonces andaban buscando a muchos líderes y personas que defendían a los perseguidos nada menos que para matarlos, como por ejemplo a Roberto Cuéllar (esposo de Johanna Aberle, una compañera y amiga maestra), quien comenzó el Socorro Jurídico del Arzobispado, por iniciativa de Monseñor, junto con el ahora Magistrado de la Corte Suprema, Florentín Melén-

². Radio YSAX, La Voz Panamericana, era la voz oficial del arzobispado de San Salvador, dirigida por el Arzobispo mártir Monseñor Oscar A. Romero. Fue destruida por una bomba el 19 de febrero de 1980.
<http://www.facebook.com/pages/Ysax-radio/105077116216510>

dez. Desde recién empezado el año escolar nos tocó apoyar a compañeras y compañeros maestros porque sus familiares corrían peligro, pues pese a que varios se escondían, muchos fueron asesinados. Tal había sido el caso de Mario Zamora, hermano de Aracely Zamora, también compañera maestra, a la que hubimos de acompañar a enterrarlo en Cojutepeque. Y como este caso, tantas familias en la misma situación... La nuestra también tuvo que salir del país pues todos estábamos amenazados de muerte y aprovechando la ocasión, María Julia envió con nosotros una copia de todas las casetes que contenían las homilias de Monseñor Romero (que ella grababa religiosamente cada domingo), para salvarlas de la represión. Las entregué al Padre Álvaro Argüello a fin de que las custodiara como un legado histórico de Monseñor a la Iglesia y a la humanidad y fue ésta la última misión hecha conjuntamente hasta que regresamos del exilio en 1985, cuando ya Monseñor Rivera y Damas había formalizado la ayuda de la Iglesia en el campo de Derechos Humanos, institucionalizando la oficina de Tutela Legal del Arzobispado, tarea que le había confiado desde su nacimiento a María Julia, por recomendación de Monseñor Ricardo Urioste. También entonces ella se mantuvo en contacto con nosotros y pese a que estábamos en plena guerra todavía, nos brindó todo su apoyo y amistad, ubicándonos y guiándonos en la nueva situación. Por otro lado, Humberto y yo tuvimos la suerte de seguir trabajando para la Iglesia, pero esta vez ya en forma remunerada y fue una década después que María Julia me invitó a trabajar en Tutela Legal del Arzobispado, en 1994. Al poco tiempo la operaron de corazón abierto y cuando volvió a trabajar, desgraciadamente moriría Monseñor Rivera, cerrando con él un ciclo de vida eclesial en El Salvador, que experimentaría a partir de ahí, un tremendo giro. Meses después dejé de trabajar en Tutela Legal pero nuestra amistad siguió adelante.

Quiero decir que si algo caracterizó a María Julia, fue el hecho de que siempre se mostró dinámica, alegre y desprendida, como una espléndida amiga a la que le encantaba hacernos sentir bien: a mí, a mi esposo y a mis hijos. Era una de esas raras gentes que saben estar pendientes de cómo complacer y atender a sus amigos. Siempre se fijaba en nuestros gustos y necesidades y creo que así de espléndida fue con todos, como pude conocer. Ella supo cuidar del más fundamental de nuestros derechos: la vida. Ya en el nuevo siglo y pese a que su salud se deterioraba, tuvimos la dicha de compartir las amigas y colegas de más de 35 años de conocernos: Ana Cristina Cepeda, Claudia Hérodier, María Julia y yo, cada sábado por la noche, durante varios años, placenteras tertulias a las que bautizamos con el nombre de Club Lulú. Veíamos excelentes películas, charlábamos, peleábamos, nos reíamos, comíamos saludable y la pasábamos súper bien. Del Club Lulú nació también el Círculo de Filósofos, En Honor a la Verdad, como una inquietud que nos planteó María Julia y que tomó forma entre las cuatro, llegando a elaborar 3 boletines³ en línea, cuyo objetivo era volver a activarnos en el pensamiento filosófico y expresar posición sobre algunos eventos o sucesos relevantes. El Círculo se puso en marcha después de un comunicado contra la guerra de Irak que firmamos, y difundimos por Internet, en los momentos en que G. W. Bush hijo estaba anunciándola y se veía venir todo lo que desgraciadamente ha ocurrido.

Lamentablemente, el corazón de María Julia se desgastó y ya no pudo seguir más, pero hasta su último latido, ella dedicó toda su fuerza a impulsar el trabajo de revelar la verdad sobre las masacres realizadas en nuestro país en tiempos de la guerra. Trabajo importantísimo que alguien debiera seguir con el rigor que ella lo hizo, y que no puede ni debe caer en el olvido, por el bien de El Salvador.

Guardo imborrables recuerdos de María Julia, que me hacen tener presente nuestra amistad de casi cuatro décadas, en las cuales superamos problemas, discusiones y desacuerdos (que tuvimos muchos y muy fuertes, pero ninguno fundamental), todo lo cual, sin duda alguna, la convirtió en una amistad a toda prueba. En una verdadera y bella amistad que ahora continuamos desde otra dimensión.

³. N.E. A estos boletines les titularon Espacio Filosófico.



María Julia Hernández, Monseñor Óscar A. Romero.

Por su categoría humana, extraordinaria Mujer

Mons. Ricardo Urioste

Corría la década de los ochenta y el país se desangraba, literalmente, producto de la guerra civil. Fue entonces que el Administrador Apostólico de la Arquidiócesis de San Salvador, Monseñor Arturo Rivera y Damas, siguiendo los pasos de su antecesor, Monseñor Óscar Arnulfo Romero –defensor de los Derechos Humanos hasta el martirio–, empezó a desarrollar una pastoral en tres aspectos: a) auxilio a las víctimas del conflicto armado b) humanización del conflicto mediante la protección y promoción de los derechos humanos haciendo énfasis en la aplicación del Derecho Internacional Humanitario y c) terminación del conflicto mediante el diálogo y la negociación.

Fue precisamente en este marco que Monseñor Rivera fundó la oficina de Tutela Legal del Arzobispado, como manifestación de su cuidado pastoral por el pueblo salvadoreño, a fin de que se le defendiera en su dignidad humana vapuleada para entonces por la más horrenda realidad. Hay que recordar que en esos días se encontraban cadáveres por todas partes para causar terror entre la población, había cientos de desaparecidos, de capturados, de gente torturada y amenazada y que un amplio sector de la población civil no encontraba el modo de obtener justicia, pues aparte de ser víctima de persecución y desplazamiento, también lo era de la connivencia de los poderes estatales con los fatídicos escuadrones de la muerte que trabajaban de manera clandestina, vinculados al poder civil.

Es en este marco de graves violaciones a los Derechos Humanos que surge un rostro, el rostro de una mujer, María Julia Hernández, como tabla salvadora.

En aquella época, María Julia prestaba algunos servicios ad honorem en el Arzobispado de San Salvador, en donde –y esto tenemos que agradecerse todos– transcribía las homilias de Monseñor Romero, tal como había sido su idea. Porque hay que recordar que fue ella la de la idea de grabarlas y por eso se la veía siempre en la misa de Monseñor con su grabadora personal. Inmediatamente las transcribía y así logró publicar unos folletitos con cada homilía o con varias. Posteriormente, ya muerto Monseñor, resolvimos en el Arzobispado la producción completa, encargándole a ella la edición. Y ese fue un trabajo de ella, una idea de ella y fue algo fabuloso, porque de otro modo no habríamos tenido las Homilias de Monseñor Romero. No hay duda que fue Dios el que inspiró a María Julia para hacer eso.

Posteriormente, cuando Monseñor Rivera ideó crear a Tutela Legal del Arzobispado, mi preocupación era a quién iba a nombrar al frente porque de eso dependía la marcha eficaz de ese instituto o no, y pensé en María Julia (ella, en ese momento, estaba siendo Directora de la Fe en el Colegio Sagrado Corazón); la invité a venir a mi casa y vino inmediatamente. Esto

fue, por supuesto, después de yo sugerirle, proponerle a Monseñor Rivera que fuera María Julia la Directora de la Oficina de Tutela Legal.

Cuando ella vino, le dije: “Mira, María Julia, Monseñor Rivera ha creado la Oficina de Tutela Legal y dado que se necesita quién se haga cargo de ella, él ha pensado que tú pudieras ser esa persona. Quiero preguntarte si estarías dispuesta a aceptar”. “¡Encantada!, –me dijo–. ¡Con mucho gusto! Estoy en el colegio Sagrado Corazón trabajando, pero mañana presento mi renuncia, para irme al Arzobispado de San Salvador”.

Así, pues, se inició su ingreso a la Oficina de Tutela Legal del Arzobispado que ella creó y recreó y atendió de mil maneras y mil formas pues era una mujer tremendamente disciplinada y tremendamente exigente.

A mí me impulsó recomendarla, su inmensa vida cristiana, y esto me constaba, pues, aparte de saber que no llegó a ser religiosa fue siempre muy religiosa, es decir, fue una mujer muy cristiana, muy cercana al Evangelio. Además, por varias conversaciones que durante esos años habíamos sostenido con ella, ya desde los días de Monseñor Romero, me había enterado que diversos grupos políticos la habían invitado a formar parte de sus institutos pero que ella se negaba rotundamente a aceptar, y siempre me decía: “Yo soy cristiana y quiero servir a la Iglesia, no a otra cosa”. Esta era su posición.

Y esto fue lo que me hizo pensar en ella. No solamente su sentido cristiano de la vida, sino que conocía de ella su entrega, su dedicación y gran responsabilidad en cualquier trabajo que hacía, por lo que yo estaba seguro que iba a realizar ese trabajo como era de esperarse en esa situación que el país vivía, tan tremenda.

Estamos hablando del año 82 en donde las cosas estaban ardiendo y era necesario alguien que pusiera ahí todo su talento y toda su disponibilidad y su fuerza y su ser bajo los anhelos del Arzobispo Monseñor Rivera.

Cierto que María Julia no tenía los estudios jurídicos cuando se hizo cargo de Tutela, sin embargo, nosotros confiábamos plenamente en la categoría de persona que ella era y confiábamos en que iba a tomar los medios necesarios para que a falta de esos estudios, pudiera llevar a cabo todo lo que llevó a cabo. Y así fue.

La prueba es que así como hubo una plena confianza en ella durante el arzobispado de Monseñor Rivera, quien siempre la escuchaba, también hubo respeto durante el arzobispado de Monseñor Sáenz Lacalle. Lo que sí no sé es si él lo tuvo tan en cuenta como el Arzobispo Rivera, pero al menos respetó la existencia de Tutela Legal. Pero, en fin, la cuestión es que Monseñor Rivera prestaba la debida atención a sus palabras, y tanto era así, que recuerdo que después de los Acuerdos de Paz, Monseñor le dijo a María Julia: “Mirá, María Julia, ya no es necesario la Tutela Legal porque los Acuerdos de Paz ya se firmaron, el Ejército va a volver a sus cuarteles, la guerrilla ya ha entregado las armas, así que...”

“¡Monseñor! –dijo ella– ¿Cómo puede pensar eso? Aquí va a ser siempre necesario continuar con esa obra, porque siempre, desgraciadamente, va a haber violaciones a los Derechos Humanos”. Y Monseñor la escuchó y Tutela Legal siguió adelante.

Una Tutela Legal en la que hay que distinguir tres periodos claramente delimitados. A saber: el periodo de la guerra, propiamente dicha, que abarca desde 1982 (año de la fundación de Tutela Legal como hemos señalado) hasta 1992 en que se firma la Paz; el periodo de la post guerra, que abarca desde 1992 hasta 1995 y, por último, el presente período, que arranca en

1996 y llega a nuestros días. De estos 29 años transcurridos, hubieran sido 25 los que María Julia hubiera estado a cargo de Tutela Legal, de no haber sido que murió un mes antes de cumplirlos, el 30 de marzo de 2007.

Durante todo ese tiempo, puedo dar fe que María Julia trabajó infatigablemente, que logró establecer diversos mecanismos que no existían, para enfrentar diversidad de situaciones complejas. Así, por ejemplo, ante el hecho que el sistema judicial no funcionaba, estableció el que Tutela empleara todos los recursos jurídicos que la ley otorga a fin de insistir ante las diversas instancias como Corte Suprema de Justicia, Juzgados de Paz, Juzgados militares, llegando a desarrollar el uso de mecanismos no jurisdiccionales de investigación de las violaciones a los Derechos Humanos, a fin de fortalecer los casos y que éstos resultaran irrefutables ante los juzgados correspondientes. Al mismo tiempo, recurrió a los tres sistemas de protección a los Derechos Humanos que El Salvador ha aceptado (Sistema de las Naciones Unidas, el de la Organización de Estados Americanos y el de Ginebra con el Derecho Internacional Humanitario), así como creó sus propios mecanismos de protección a las víctimas, llegando incluso a inventar, bajo la autoridad del Arzobispo de San Salvador, Monseñor Arturo Rivera y Damas, el carnet de identidad de los repobladores, debido a que las autoridades competentes no se querían hacer cargo de la debida redocumentación de los miles de desplazados que decidían retornar al país, que en su urgencia por salvar la vida en su momento, habían salido corriendo sólo con lo que tenían y ello no implicaba documento de identidad alguno. Es más, observando que nuestro pueblo desconocía todo lo relativo a sus derechos, María Julia ideó establecer un plan educativo que abarcaba el Derecho Internacional Humanitario y la Constitución de la República de El Salvador, a fin de proporcionarles las herramientas básicas para ubicarse en aquel contexto.

En cuanto a las violaciones por parte del FMLN, fue por cierto Monseñor Rivera quien creó un mecanismo de recepción de casos, en la ciudad de México y bajo el más estricto secreto, y ahí enviaba él a la Directora de Tutela Legal (María Julia) para que fuera ella la que presentara todo lo recabado al respecto de los casos cometidos por el FMLN ante uno de sus representantes. En otras palabras, su trabajo fue un trabajo integral, que no descuidó detalle alguno y que siempre fue de una lealtad impresionante. Por algo la gente tenía por ella mucho respeto, no sólo por su posición, sino por su honestidad y por su carácter.

En cuanto a mi persona, debo decir que María Julia siempre fue conmigo muy cercana, muy afable, muy cariñosa. Me tomaba en cuenta para algunas cosas y situaciones que se le presentaban y hasta me preguntaba cuál era mi parecer. No sé si siempre lo seguía o no lo seguía, pero tenía la confianza de venir conmigo a preguntarme qué hacer en una u otra situación determinada. Ella era una persona muy segura de sí misma y por otro lado muy segura de que Dios estaba con ella, amparándola y cuidándola. O sea que puedo decir con toda verdad que jamás llegó conmigo preocupada de qué podía pasarle o qué no podía pasarle. Así que fue una mujer muy entera en ese sentido, muy vertical.

Cuando la operaron del corazón, que fue muy doloroso para ella, muy afflictivo, –recuerdo que le dijimos que confiara en Dios, que íbamos a orar nosotros por ella– encaró todo con serenidad, con verdadera valentía, incluso cuando supo que ya su salud no le permitiría volver a las aulas universitarias, en donde se estaba preparando como abogada y llevaba ya cursados varios años.

Posteriormente estuvo enferma en el hospital del Seguro Social, de la enfermedad que falleció y recuerdo que también la fui a ver. Le llevé un documento que la Santa Sede le había mandado a Jon Sobrino. Lo leyó delante

de mí y me dijo: “Le voy a mandar ya una tarjeta”, y sé que se la mandó. Que le mandó la tarjeta al Padre Jon Sobrino ofreciéndole su simpatía y su cariño de siempre.

Finalmente, quiero decir que las cualidades humanas de María Julia eran muchas. Eran tan afables, tan cercanas, tan sinceras, tan obvias, que a mí me agradaba tanto estar con ella, platicar con ella y salir con ella. Recuerdo que salimos juntos una vez con ella y con Rosa Aída Siliézar, otra gran mujer en este país, que yo conocí muy de cerca también. Cuando murió y eso que era de clase media la funeraria estaba llena de pobres, porque ella había organizado hasta los pepenadores de basura en una especie de cooperativa y estaban todos ellos ahí y muchísima gente más a quien ella organizó y ayudó de muchas maneras. Entonces, salimos a celebrar mi cumpleaños (18 de septiembre) y yo le digo:

“Y adónde vamos a ir, María Julia?”

“Eh, vamos a ir –me dijo– allá a Apaneca, a un Restaurante muy bueno que hay”.

“¿Y cómo tan lejos?”

“Le va a gustar –me dijo–. Vamos a ir allá a celebrar su cumpleaños”.

Y entonces nos fuimos con ella y con Rosa Aída y allá lo celebramos y la pasamos muy bien. Comimos sabroso, charlamos, vimos un bonito paisaje y en fin, la pasamos estupendamente. Eso fue en septiembre. En octubre Rosa Aída Siliézar falleció. Yo estaba fuera de aquí, en Estados Unidos, y mi sobrina me habló diciéndome “Tío, rezá por la Rosa Aída porque está muy, muy grave”. Y yo noté en su tono, en su manera de decirlo, que algo más pasaba. Llamé entonces a la oficina de Rosa Aída y la secretaria me dijo que no, que no sucedía nada. “Háblele a la familia, para que ellos le digan qué ha pasado”, respondió. “No, dígame usted”, le contesté y ella, al fin, sin más remedio, me dijo la verdad: “Bueno, pues que Rosa Aída acaba de morir”. Lo sentí enormemente porque era una gran mujer, extraordinaria también, y muy amiga de María Julia.

Realmente, he conocido en este país nuestro y fuera de él, mujeres extraordinarias, pero entre todas destaca, para mí, María Julia, nacional e internacionalmente, al grado de recibir varios premios en diversos países por su defensa de los Derechos Humanos. Por ello, no me cabe duda que así como Monseñor Romero y Monseñor Rivera, María Julia fue un regalo de Dios para El Salvador.



María Julia con su Santidad Juan Pablo II
en el Congreso Mundial de Derechos Humanos, Roma 1998.

¿Cómo hacer Iglesia desde un Laicado?

Paula Figueroa

Entré en contacto con María Julia Hernández en abril de 1980, cuando ella era la encargada de las Publicaciones Pastorales en la Arquidiócesis de San Salvador y había llegado a compartir el espacio físico del edificio donde funcionaba la Secretaría de Comunicación Social del Arzobispado, donde yo trabajaba. La conozco una mañana. Ella llegaba siempre muy seria, muy derecho a lo que iba a su trabajo, y hasta podríamos decir que a veces pasaba de largo, casi sin ver a nadie, sin saludar siquiera, quizás a causa de las cosas que andaba en su cabeza. Pero esa vez se detiene, saluda y me dice: “¡Qué bueno que vas a trabajar con nosotros!” y lo curioso fue que para mí, prácticamente era una desconocida aunque ya me la había encontrado en una que otra ocasión en las jornadas de oración por la unidad de los cristianos, y ya sabía que tenía un carácter muy fuerte, muy exigente, y que sus posiciones, cuando intervenía, eran bien claras y bien punzantes, pero nunca nos habíamos saludado. Así que a mis 17 años, con un Bachillerato encaminado, un Secretariado Ejecutivo terminado y ninguna experiencia laboral, no hallé en un principio ni qué responder y sólo pensé: ¡Guauh! ¿Qué me va a tocar hacer acá? Yo sentí que de ser cierto eso que me decía, tenía un reto por delante, porque yo la veía como una señora grande, pero muy agraciada (muy agraciada y muy acelerada, dicho sea), pero internamente acepté el desafío y creo que ahí comenzó no sólo la unión laboral que habría de continuar por cerca de 25 años, sino nuestra amistad, gracias a ese trabajo que en aquel momento se nos encomendaba.

Como yo tenía muchos deseos de aprender y de colaborar, me fue muy grato encontrarme con una mujer súper sistemática en el trabajo, entregada por completo a la transcripción de las homilias de Monseñor Romero y que además era la responsable de la edición y publicación semanal de las homilias de Monseñor Arturo Rivera Damas, que en aquel momento se imprimía en el Semanario Orientación.

Era en los años del conflicto armado, cuando había mucha persecución a agentes de pastoral, cuando se asesinaban sacerdotes y se acababa de cometer el magnicidio en la persona de Monseñor Romero. Época en que la seguridad de cada uno de los integrantes del equipo del Arzobispado, (de cada una de nosotras, en nuestro caso) era responsabilidad del resto y viceversa, pues el trabajo que se realizaba no era bien visto por las autoridades del Estado. Porque aunque ahora nos parezca mentira, el sólo hecho de andar entregando las homilias impresas del Arzobispo y todo lo que invitara al Diálogo o al respeto de los Derechos Humanos era considerado “subversivo” y, por lo tanto, resultaba hartito peligroso.

En esos días, mi jefe era el padre Fabián Amaya, Director de los Medios de Comunicación Social, que junto a María Julia formaba un bonito equipo de trabajo: uno encargado de las

publicaciones pastorales –en el caso de María Julia, entregada de lleno al trabajo de transcripciones y a la producción de los libros dedicados a la figura de Monseñor Romero, así como edita también un libro grueso que recopila todo el proceso de condolencias, pésames y pastoreo cuando él fallece– y en el caso de él, encargado de la Radio YSAX, del Periódico Orientación y de la Imprenta Criterio, lo que permitía un asiduo contacto conmigo dado el traslape de actividades, porque aunque bajo mi responsabilidad editorial estaba el semanario Orientación, también se hacía trabajo para la Radio, como boletines, notas de prensa, entre otros, por lo que el traslape resultaba realmente grande. Lamentablemente, el padre Amaya sufrió un infarto ese año y tuvo que dejar la oficina, lo que propició que el Arzobispo Rivera y Damas nos llamara a María Julia y a mí para encomendarnos sacar adelante el semanario Orientación, cosa que ambas aceptamos de buen grado, y es cuando realmente comenzamos ella y yo a formar un equipo de trabajo, en noviembre del 80.

Durante este tiempo, por supuesto hubo choques –más de uno, ciertamente–, así como portazos entre las dos: yo saliendo de su cubículo, ella saliendo del mío, aunque, gracias a Dios, nunca en lo que al trabajo se refiere. Nuestras discusiones se daban porque a veces ella decía cosas como que los jóvenes teníamos un divorcio entre fe y vida, y yo decía que los jóvenes eran esperanza y que parecía a veces un divorcio entre fe y vida, pero que no era así. Ella se enojaba, yo me alteraba y por ahí nos enfrascábamos... Sin embargo, llegada la hora de comer ¡y era como si nunca hubiera pasado nada! Era increíble. Nunca a la hora de la comida llegábamos enojadas. Había algo que nos unía. Algo que era más que el compromiso de sacar adelante el trabajo encomendado originalmente, y eso nos fue dando la pauta para creer que aquella afectividad laboral se había convertido en amistad. Tanto así, que durante muchos años almorzábamos juntas dos o tres veces por semana, y no sólo por cuestiones laborales,¹ así como en ciertos periodos vacacionales hacíamos viajes al exterior con mis dos hijos, pues aparte de necesitar el descanso, era una mujer a la que las civilizaciones antiguas le encantaban, como la maya por ejemplo, y disfrutaba muchísimo de las visitas que hacíamos a lugares como Copán, Tikal, u otros como Joya de Cerén o Tazumal, que le permitían tener ese contacto con lo ancestral, a la vez que le demandaban documentarse para entablar excelentes conversaciones en torno a la temática. Esto le fascinaba. ¡Y cómo gozaron mis hijos estas idas y venidas! pues aparte de lo dicho, María Julia era otra cuando estaba con los niños. Totalmente diferente de la que trabajaba en el Arzobispado: se interesaba por los juegos, por los juguetes, se convertía en niña como mis hijos, que tenían poca edad y por eso se sentían plenamente identificados. Tanto así, que cuando esos chicos fueron creciendo, la fueron viendo como alguien de la familia.

Por otro lado, aparte de amar entrañablemente el arte en varias de sus formas, de apoyar a algunos artistas en la medida de sus fuerzas, así como el trabajo de género (en el cual incursionó gracias a Nidia Delgadillo, una religiosa nicaragüense de la congregación de La Asunción), María Julia fue una mujer muy eucarística, una mujer de oración, muy amante de la Virgen, al grado que frecuentemente decía: “Yo he pertenecido a la Congregación de las Hijas de María. Yo soy Mariana”. Era, pues, una mujer muy religiosa que además había permitido que la espiritualidad jesuita la permeara en su diario caminar, tornando más activo su modo de vivir el cristianismo.

Es decir, más atender al necesitado, más practicar las obras de misericordia o de caridad, en la medida de lo posible, y menos hablar sobre

¹ N.A. En el año de 1995, Monseñor Jesús Delgado la invitó a formar parte del Consejo Editorial del Semanario Orientación y hasta el día de su deceso, este espacio nos reunía todos los viernes para discutir la publicación, posterior a lo cual nos íbamos a almorzar, agotándonos prácticamente todos los restaurantes y centros comerciales de la ciudad, porque María Julia era definitivamente amante de la buena mesa.

cuestiones de religión. Habrá hecho tanta obra, que quizá ni se tenga idea de a cuánta gente ayudó María Julia a sacar una carrera, o con algún empleo, buscándole un medio de subsistencia. Conocí más de algún caso en que ella facilitó el dinero para que pudiera sacar adelante sus estudios. Para mí, esa era la acción hecha vida del cristianismo.

Aparte de esto, desde 1982 hasta que María Julia muere, nosotras inventamos hacer (a la sombra de la Vicaría de Pastoral), un sector que se llamaba la Pastoral Diversificada, donde se aglutinaban todas las pastorales que desarrollaba el arzobispado: la Alfabetización, Derechos Humanos, Medios de Comunicación, Pastoral Juvenil y Pastoral Vocacional, al tiempo que creamos una mesa de trabajo que se reunía periódicamente una vez al mes, o más si era necesario. A esto, hay que agregar que uno de los últimos esfuerzos que María Julia realiza conjuntamente con sacerdotes de la arquidiócesis y esta servidora, es la fundación de una asociación que entre sus objetivos tiene la promoción y difusión del pensamiento de Monseñor Óscar Arnulfo Romero, a fin de rescatar su legado para darlo a conocer a las futuras generaciones. Se trata de la Asociación Monseñor Óscar Arnulfo Romero, AMOAR.²

Indudablemente, este aspecto espiritual y religioso de María Julia viene de largo, pues recuerdo que muchos años después de iniciada la amistad, me contó que ella había querido entrar en una congregación religiosa, en España, y que había ido a hacer estudios encaminados al discernimiento vocacional. Esto fue una opción que de alguna manera se tradujo en cosas muy concretas a lo largo de su vida, como es que María Julia, siempre que iba a entrar a un proceso médico, hacía sus laudes. Siempre hacía las oraciones que los católicos o personas que ya han pasado por un camino de discernimiento vocacional hacen. Por información, bástenos saber que hay un ciclo de oraciones que se realiza en el día, que comienza con Laudes (que son las oraciones de la mañana), siguiéndole luego las Horas Intermedias (hacia mediodía), a las que se agregan finalmente las Vísperas (por la tarde). María Julia era muy amante de Laudes. Incluso, esa modalidad de oración cantada, es ella la que la introduce en las celebraciones de las Jornadas por la Paz, de las cuales fue promotora para que se realizaran en nuestro país, en torno al mensaje y la iniciativa papal.

No hay duda que María Julia era una mujer multifacética, (cómo la tengo presente cuando el caso de Fresno, cuando ya se había dictado sentencia en un juicio civil y ella tuvo la deferencia de traer todos los documentos para que los leyéramos juntas, en castellano, traduciendo notas, explicando. ¡Son cosas que jamás se olvidan!), pero lo que yo más valoré en ella fue su fidelidad a la Iglesia católica y la lealtad hacia los obispos con los que le tocó llevar adelante su trabajo. Su entrega increíble a defender y promover el legado de Monseñor Romero, así como la lealtad y fidelidad a Monseñor Rivera en su ejercicio episcopal, a lo cual habría de sumársele el apoyo siempre vivo para cualquier sacerdote que lo necesitara. ¡Cuánto cariño para los sacerdotes de la arquidiócesis a quienes profesaba un singular respeto! ¡Cuánto cariño de muchos de éstos por ella! Y lo mismo sucedía con sus amigos, como Rosa Aída Siliézar, por ejemplo, –y sólo por mencionar a una mujer que ya no está entre nosotros físicamente, pero a quien María Julia quería muchísimo–, al igual que a Marta Irene Enamorado López, una asistente que tuvo en algún momento en Tutela Legal, y a Tita Huevo (Elba Huevo), que era quien le llevaba la comunión cuando estaba en cama. También quería a sus amigos: Humberto Girón, Florentín Meléndez, Roberto Cuéllar, el Padre Tojeira, el Padre José Idiáquez... y un sin número de religiosos y religiosas; también sacerdotes del clero de las distintas diócesis, algunos obispos, entre ellos Mons. Cabrera –obispo de Santiago de María–; Mons.

² N.E. <http://comuniondiocesana.blogspot.com/2010/08/amoar-invita-la-catedra-monsenor-romero.html>

Eduardo Alas –ya en retiro episcopal, en Chalatenango–, así como, de muy especial forma, a un grupo muy particular que no tenía que ver con las actividades laborales, al que ella quería muchísimo, conformado por sus amigas desde la época de estudiantes e integrantes igualmente de un círculo muy singular al que ellas llamaban *Club Lulú*, entre la que están: Claudia Hérodier, María Elena Galván, Cristina Cepeda y otras que ahorita no recuerdo.

En conclusión, María Julia, amó entrañablemente El Salvador, tanto, que no tenía horas de inicio ni de cierre para realizar lo suyo, y era tan exigente por ello consigo misma, que consideraba que había cosas que no se podían delegar, sino que debían hacerse cuando le eran encomendadas. Por todo ello, creo que nuestro país tiene una deuda pendiente con ella, porque María Julia no es solamente un modelo para las mujeres sino también para los hombres de El Salvador, por su entrega, por esa opción de vida que tomó desde joven y supo cumplir a plenitud y, sobre todo, porque nos enseñó cómo se hace Iglesia desde un laicado.

La opción de vida que hizo María Julia por la defensa de los Derechos Humanos y la valentía de señalar a los culpables de los hechos sin medir el riesgo que ella misma podía correr, (casos como El Mozote, en Morazán; La Quesera, en Usulután; los Jesuitas, en San Salvador) no sólo nos la mostraron como una mujer libre (que así es como la nombramos todavía en casa), sino como la defensora de las víctimas del conflicto armado, lo que sin duda dio pie para que con justa razón la apodaran La Madre de Las Víctimas.



María Julia Hernández, frente al monumento homenaje a las víctimas en El Mozote.

María Julia Hernández, una gran mujer

Monseñor Gregorio Rosa Chávez

La Dra. María Julia Hernández Chavarría, además de ser la primer Directora de Tutela Legal del Arzobispado, fundada por Mons. Rivera en el mes de mayo de 1982 ¹, fue una gran mujer. Y este hecho, el hecho de ser mujer, le dio a su trabajo una calidad que otros no tenían.

El Papa Juan Pablo II llegó a decir que la mujer, cuando es ella misma, humaniza todo lo que toca y creo que María Julia, a pesar de su carácter aparentemente tan duro, tan enérgico, humanizaba todo el tema de la guerra y el tema de los Derechos Humanos, y eso es un gran legado que se lo agradecemos.

Por otra parte, era una mujer modesta, una mujer que no acumulaba riquezas, una mujer que si uno iba a su casa podía ver que vivía sin lujos, y así murió. Ella no anduvo acumulando, era muy sencilla para vestirse y no era una mujer de joyas, ni de salón de belleza. Era una mujer, digamos, casi de pueblo en el sentido profundo de la palabra, y eso la hace ser muy semejante a mujeres de la Biblia, como Ruth por ejemplo. Esa es María Julia.

Una mujer fuerte, además de preparada, intrépida, valiente, atrevida, aunque era muy humilde, que veía su vida con la mayor naturalidad. Como ella no tenía hijos, ni esposo, eso le permitía darlo todo sin complicaciones, sin buscar la gloria. Igualmente, era profundamente espiritual y esa faceta espiritual de María Julia se conoce poco. Porque, efectivamente, era una persona totalmente evangélica, cristiana, y eso la hacía también libre, porque ella era capaz de decir las cosas a quien fuera.

Otra característica suya era que a pesar de su compromiso tan radical, era muy eclesial y por ello fue también muy fiel a la Iglesia. Cuando había Misa en el Arzobispado, ella estaba siempre en la primera banca y cuando había que preparar las lecturas, lo hacía con mucha disciplina. Debo decir que era una mujer profundamente creyente, y eso es lo que hace que sea diferente, pues así como era de espiritual era al mismo tiempo profundamente encarnada. Con una pasión por la justicia, que era casi fanática.

María Julia tuvo la suerte de tener de jefe a Monseñor Rivera, que aunque tenía la misma perspectiva era un hombre muy ecuánime y muy libre.

Yo contaba en una ocasión que los días sábados, cuando María Julia, Monseñor Rivera y yo discutíamos el informe de Derechos Humanos preparado por la oficina de Tutela Legal

¹. N.A.Y esto lo recuerdo de manera especial, porque ese mismo año en el mes de julio fui ordenado obispo, es decir, que con Tutela Legal teníamos la misma edad, aunque, para ser justos, Tutela me ganaba por unas cuantas semanas.

y por cualquier razón llegábamos a disentir con ella en algún punto, era cosa seria, porque a veces era un poquito precipitada en sus juicios y muy enérgica al defender sus puntos de vista.

Al final era Monseñor quien decía cuáles puntos quedaban para el tema de la conferencia de prensa y cuáles para después. Pero ella era una persona que, como se dice en español “no soltaba prenda”. Cuando tenía una idea, iba detrás de la idea hasta que lograba el objetivo.

Por supuesto, eso fue muy importante en esos tiempos de oscuridad donde había que hacer frente a tanta maldad y tanta ignominia. Porque María Julia era imprescindible. Realmente ella y los Derechos Humanos estaban casados para siempre y no cabe duda que fue una figura providencial en esta historia de la Iglesia.

Recuerdo cuando con Monseñor Rivera preparamos la homilía después de la muerte de los padres jesuitas, la sesión fue larga porque no hallábamos qué frase decir, qué juicio dar, pero ayudó que teníamos por base el haber ido con María Julia a la UCA cuando nos avisaron de la masacre y estaban todavía las calles alfombradas de los casquillos de las balas, en los senderos de la UCA, y junto a lo que hoy es jardín de rosas, los cuerpos tirados por doquier, con los sesos de fuera varios de ellos.

Desde ese momento María Julia estuvo pendiente de cada detalle que pudiera ayudar en la investigación y de proporcionármolo, por lo que cuando llega el momento de decidir qué vamos a decir, la frase que quedó fue ésta: “Los asesinos son o militares o personas íntimamente ligadas a militares”.

Fue una bomba mundial la que lanzó el Arzobispo al hacer esta afirmación, tanto que Cristiani mandó embajadas a distintos países, incluso al Vaticano, con la versión contraria, echándole la culpa a los guerrilleros y acusándonos a nosotros de ser precipitados. El tiempo demostró que teníamos razón.

Esa terrible mañana, después de contemplar los cuerpos masacrados, Monseñor Rivera, el padre Tojeira ² y yo fuimos donde el presidente Cristiani ³ a reclamar y a pedirle que se quitara la cadena de radio que había entonces, insultando y amenazando a todo mundo que no estuviera de acuerdo con el gobierno. Después, pasamos por la Nunciatura. Aquella fue una jornada muy tensa y dramática.

Como he dicho, María Julia estuvo tan pendiente de los detalles para la investigación del hecho, que eso permitió que el Arzobispo no errara en sus declaraciones. Ella era meticulosa, tenaz, no tenía horario; con una capacidad de trabajo tremenda, un empecinamiento en las cosas que quería conseguir y un gusto de estar con la gente que sufría y de expresarles su total solidaridad. Así era María Julia.

Quizá por ello su caso más relevante fue El Mozote ⁴ sobre el cual, por cierto, hay un libro ⁵ que recoge toda la investigación realizada por Tutela Legal y no necesita explicaciones. Es un documento imprescindible para hablar de ella, y la historia es importante recordarla.

Un día nos llegó la noticia de cómo fue el operativo. Posteriormente, se logró contactar a gente que estuvo en el mismo y nos proporcionó una des-

² N.E. José María Tojeira, en aquel entonces Rector de la Universidad Centroamericana “José Siméon Cañas”, UCA.

³ N.E. Alfredo Cristiani, Presidente de la República de El Salvador 1989-1994.

⁴ N.E. Se conoce por Masacre de El Mozote, al producto de un operativo militar efectuado por la Fuerza Armada de El Salvador (1981, Meanguera, Departamento de Morazán), apoyada por Brigadas de Artillería y la Fuerza Aérea, en el que resultaron asesinadas más de mil personas, de las cuales el 74 por ciento eran menores de 12 años. <http://www.terra.com.pr/noticias/articulo/html/act673234.htm>

⁵ Tutela Legal del Arzobispado de San Salvador, El Mozote, lucha por la verdad y la justicia: masacre a la inocencia. 1ª. ed., San Salvador, El Salvador, Tutela Legal del Arzobispado de San Salvador, 2008.

cripción de las acciones minuto a minuto. Después se comprobó que era totalmente auténtico, y por ello el caso pudo ir a las instancias legales. Todo ello se logró a través de María Julia. Ella logró que se permitiera que llegaran al país antropólogos forenses de Argentina. ¡Hizo un trabajo extraordinario!

Sin embargo, pese a ello, tuvo detractores... Yo recuerdo a un experto español que dijo en una conferencia en Guatemala que en El Mozote había una escuela de guerrilleros, que los que mataron no eran niños sino jóvenes, pero como en esa zona la gente crece poco, que se queda chiquita, por eso parecían niños. Ese argumento, de este antropólogo español, se dio en una conferencia distinguida en Guatemala...

Por su parte, María Julia defendió siempre la tesis de Rufina Amaya, la única sobreviviente de la masacre de El Mozote, con la cual hicieron una excelente amistad, y todo lo que Rufina dijo, se comprobó. Aquí tuvimos la conferencia de prensa para dar el primer informe, y ahí tuvimos el testimonio de Rufina, su experiencia.

María Julia estuvo al frente de ese acontecimiento, segundo a segundo, (la tengo tan presente vestida de caqui, con su sombrero beige y su cámara como parte de su atuendo), y realmente es una investigación ejemplar. Creo que es el hecho más grande que María Julia investigó, su mayor victoria en el campo de los Derechos Humanos.

Por ello, cuando uno va a El Mozote y encuentra la tumba de Rufina, encuentra todo aquello que nos recuerda un momento histórico de nuestro país, ¡un momento terrible! y es gracias a María Julia que conocemos al detalle todo lo que ahí pasó.⁶

Un segundo caso igual de importante es el llevado a cabo en pro de la Memoria Histórica. Recordemos el Monumento a las Víctimas Civiles de la Guerra que está en el parque Cuscatlán. Ella era parte del equipo que animó esa iniciativa.

Creo que son dos hechos muy grandes en la vida de ella, que la hacen inmortal, diría yo.

Es difícil olvidarla durante toda aquella época en la que Tutela Legal, gracias a su esfuerzo y a la férrea disciplina que implementó, era la instancia de Derechos Humanos más creíble, porque todas las demás tenían un nexo con tal o cual grupo, y tendían a ver de manera preferente los casos de ese grupo. Por cierto, sobre esto me viene a la memoria que un día Monseñor Rivera dijo una frase que se convirtió prácticamente en el lema de Tutela Legal: "La paz se construye sobre la verdad". Y eso fue exactamente lo que le dio credibilidad: el apego a la verdad.

Además, hay que enfatizar que estábamos abiertos a todo: derecha, izquierda... no importaba y que nuestro archivo fue el más consultado; tanto, que prácticamente sirvió de base para que la Comisión de la Verdad levantara su propio documento, porque era el más completo y también el más objetivo.

Igual cuando (todavía durante la guerra) hubo el programa de lixiados que abrió Australia y también Canadá. Si había una constancia nuestra recomendando el caso de los que iban a pedir asilo, era aceptado inmediatamente. ¿Por qué? Porque era un estudio bien hecho, muy confiable y eso decía la credibilidad total que tenía Tutela.

Por todo esto, pues, considero que rendirle homenaje a mujer tan valiente, es algo de justicia.

⁶ Quiero anunciar que por cuanto se siguieron las investigaciones después de la muerte de María Julia, hay un nuevo documento que la UCA dará a conocer dentro de poco, también contundente, por lo que rogaría a los amables lectores el estar pendientes.

MARÍA
JULIA
HERNÁNDEZ

MARÍA

MARÍA

JULIA

JULIA

MARÍA



María Julia Hernández, conmemorando el Día del Detenido Desaparecido.

¡Gracias, María Julia!

María Ester Alvarenga

Fue la última semana de septiembre de 1984, en un contexto en donde el FMLN exigió al gobierno salvadoreño que se respetara la integridad de los reos políticos para poder entablar el Diálogo en la Palma (el primer diálogo político entre el gobierno y la guerrilla). Ese día iba a visitar a unos familiares, me subí en un bus rumbo a Santa Tecla y, al bajarme, sorpresivamente, me vi empujada al interior de una Cherokee, sin darme tiempo a mirar quiénes eran y mucho menos a pedir auxilio. En aquellos momentos, yo sólo escuchaba gritos alrededor mío y que uno de los que me arrastraba decía: “Allá va otra puta, agárrenla”... y la agarraron y después agarraron a otra. “Quizás es una redada la que andan haciendo” pensé y supuse que era una confusión que pronto se esclarecería. Pero, para mientras, yo estaba amordazada y con una venda en los ojos y sólo podía escuchar a las otras personas que iban a mi lado en la misma condición.

Yo tenía 19 años y hasta ese momento no había notado que alguien me estuviera siguiendo o algo parecido. Durante los días que siguieron fui sometida a intensos interrogatorios, cosa que no me enteré que hubiera pasado con los otros que agarraron, a los que supe soltaron rápidamente. Yo no fui golpeada físicamente pero decían: “Esta puta no quiere hablar, pongámosle la capucha”. Me pusieron la capucha, la pistola al oído y me sacaban a cualquier hora de la celda para ser interrogada. Yo no tenía noción del tiempo porque esto era en las noches, en el día... en fin, estaba completamente desorbitada. Además, tenía a cinco hombres preguntando todos al mismo tiempo cosas distintas para confundir y ver qué sacaban.

En cada interrogatorio me hacían las mismas preguntas utilizando diferentes palabras. Era difícil para mí tener que mantener el mismo testimonio, con cinco hombres confundiéndome con cinco preguntas diferentes. Eran momentos en los que me sentía en total indefensión, lo único que esperaba eran los golpes y la muerte posterior. Cuando me llevaban a la celda, mi trabajo mental era acordarme de lo que había dicho y hacer regresión de cada uno de los momentos para poder expresar lo mismo la siguiente vez, aunque todo era impredecible porque no se sabía qué interrogatorio continuaría. Era una cosa terrible. Durante los 15 días que me tuvieron en esa cárcel sólo me interrogaban, y ya se sabía que si durante ese tiempo (o antes, inclusive) no se tenía la visita de la Cruz Roja Internacional, seguramente uno era una persona que iban a asesinar.

No me acuerdo en qué momento la Cruz Roja Internacional llegó a las celdas y me hicieron unas preguntas. “¿Cuándo llegó aquí? ¿La han golpeado?” Ellos llegaban para constatar si no me habían torturado o presionado psicológicamente y si estaba “bien” dentro de aquellas condiciones.

Fue entonces, en esos momentos de mi vida y en la cárcel de la Policía Nacional, que conocí a María Julia. No la conocía antes, ni ella a mí. Todo ocurrió porque a raíz de mi captura ese 30 de septiembre de 1984, un tío mío (Nemesio Chinchilla, que era sacerdote), se acercó a ella para contarle lo que había pasado y pedirle que me ayudara a salir. Hasta que me dieron la libertad pudieron enseñarme las copias de las cartas que ella enviaba al Coronel de la Policía Nacional, solicitando mi libertad, así como la denuncia ante la Cruz Roja Internacional.

Cumpliendo, pues, los 15 días reglamentarios que era el plazo que los torturadores dejaban para asesinar o enviar a las cárceles públicas a los reos como he dicho, vinieron a sacar a dos mujeres con las que compartíamos celda y que habían llegado, de distintos lugares, al mismo tiempo que yo. A ellas se las llevaron a saber adónde, pero a mí no y eso me preocupó bastante porque empecé a suponer, casi con certidumbre, que me sacarían para desaparecerme.

Al cumplir los 16 días, una tarde llegó un hombre a decirme que “me pusiera bien, que me cambiara y tuviera la sonrisa alegre porque íbamos a salir”. Esto me pareció un sarcasmo y me preocupé más todavía porque supe que sin duda alguna me iban a matar. Yo no respondí nada, porque era eso... ¡un sarcasmo! ya que no tenía más que el mismo vestido con el que me capturaron y no me podía bañar porque no había agua ni condiciones. ¿Qué se puede esperar de las celdas de la Policía Nacional? Por supuesto, esa noche no pude dormir, esperando que abrieran la celda para sacarme.

Al siguiente día, creo que como a las 10 de la mañana, no me acuerdo si eran tres hombres o uno solo, realmente no me acuerdo, llegaron a abrir la celda y me dijeron que me apurara, que saliera porque ya me llevaban. Me sacaron y me llevaron a la oficina del Coronel, sin que yo pudiera imaginar qué podría pasar realmente. Yo no puedo expresar lo que en aquellos momentos percibía. Eran muchas ideas que se atropellaban las unas a las otras, imaginaciones fantasiosas que me aterraban de sólo suponerlas convertidas en realidad. Cuando llegamos a la oficina del Coronel, estaba una señora, chiquita, más bien clara, pelo corto y negro, hablando con él. Cuando la vi, supe que era una mujer que trabajaba ahí y empecé a inquietarme más, pues no sabía para qué la habían hecho llegar a esa oficina, cuál era el objetivo. Pero procuré calmarme, y al rato, no recuerdo quién me dijo que me sentara, cosa que hice de inmediato. Entonces fue que observé que el Coronel se estaba dirigiendo a ella con mucho respeto y ella a él también –ambos de forma muy cortés–, lo que me indicó que no se trataba de una empleada más, sino otra cosa que no podía definir.

En eso, escuché que el Coronel le decía: “Ella es la muchacha”, y aquella señora bajita se voltea, me mira y se sonríe conmigo de manera muy solidaria, y yo no supe cómo interpretarlo, pues su presencia seguía siendo un enigma, pero al mismo tiempo, y sin saber por qué, empecé a tener la sensación de que me estaba devolviendo la vida, de que era una mujer buena y que era como la salvadora, aunque yo aún no sabía qué era lo que pasaba e igual seguía pensando que trabajaba ahí, pero ya no con la fuerza del principio. En eso, me pregunta el Coronel, enfrente de ella, si tenía prendas que me hacían falta, porque me estaban entregando lo que me habían quitado de mi cartera, que para ser honesta, sólo me recuerdo de 50 colones que andaba... No me acuerdo de más. Y me recuerdo de esos 50 colones, porque es lo que no mencionaban en la lista y, por supuesto, no aparecieron.

Ante aquello, la señora le dijo que no importaba y que su gente me los daría. Luego, el Coronel cogió un papel y se lo entregó pidiéndole que lo firmara, cosa que ella hizo de inmediato. Resultó que era la carta de mi liberación y comprendí que la responsable de ésta era la señora, aunque seguía sin saber quién era, ni cómo se había enterado, ni nada de nada.

Cuando salimos del cuartel, caminando, me dice: “¿Tú conoces a Nemesio Chinchilla?” “Sí, le digo yo, él es mi tío.” “Pues por él estoy yo aquí, continuó. Él me dijo que tenía una sobrina a la que habían capturado y como empezamos rápidamente las investigaciones, inmediatamente dimos con tu paradero, así que luego de varios intentos me avisaron que te dejarían libre y por eso vine. Ahora bien, dime la verdad: ¿Estás organizada en algún grupo? ¿Quieres que te consigamos asilo político, a ti y a tu familia? Puede ser Australia o Canadá. Piénsalo bien antes de responderme... Por ahora, lo que hay que hacer es apurarse. Por eso, mira, nos vamos a ir en taxi. Pero no vayas a decir una sola palabra en el camino porque todos ellos son orejas.”

Así, sin decir una sola palabra y mientras pensaba en lo que con honestidad habría de responderle, llegamos al Arzobispado. Por supuesto, yo estaba impactada por todo lo que estaba sucediendo, y continuaba sin saber cómo se llamaba la señora... Ahí, y antes de entrar, pude decirle que por cuanto mi papá había sido precursor de todo el movimiento cooperativista de la década del 60 y toda mi familia había sido y era seguidora de Monseñor Rivera y Damas (que era uno de los que había acompañado a estos grupos, al punto que mi papá fue formado bajo la teoría y la filosofía de Rivera y Damas, en las luchas por la defensa y tenencia de la tierra y cuyos valores mi papá nos inculcó), yo pertenecía a las comunidades eclesiales de base y trabajaba en cosas sociales de la Iglesia y que mi decisión estaba tomada: debía estar con aquellos que, al igual que yo, eran víctimas de las peores formas de violencia por sólo el hecho de pensar diferente, de querer cambios en donde prevaleciera la justicia para todos y todas, por ello, pues, le expresé que no podía aceptar la propuesta del asilo político en ninguna parte, porque sentía que mi país me necesitaba en esos momentos tan duros de su historia.

No dijo nada y entramos a sus oficinas. Ya desde la puerta empezó a delegarle a la secretaria para que controlara a mi tío Nemesio a fin de entregarme a él, pero como fue imposible contactarlo en todo el día, entonces, después de darme de comer y permitir que me aseara un poco, como a eso de la 4 ó 5 de la tarde me llevó otra vez en taxi a la casa de mi mamá y le dijo: “Mire, aquí se la traigo”. Mi mamá estaba estupefacta, con los ojos llorosos y, por supuesto, muy emocionada, al igual que yo. Incluso una tía mía que andaba de visita por ahí, se tiró de rodillas al suelo, bendiciendo a Dios, retirándose luego a sus habitaciones, para orar. Fue algo fuera de lo común y me acuerdo que no dejaban de darle las gracias a la señora.

Por otra parte, debo decir que una vez más, antes de irse, ya casi en la salida, ella volvió a referirse al ofrecimiento de conseguirme asilo político y volví a darle la misma respuesta. Mi mamá, que estaba escuchando, me secundó, cosa que no hizo mi hermano chiquito de 11 años, quien decía que por el peligro debíamos irnos... que por qué nos íbamos a quedar ahí. Sin embargo, prevaleció la idea de quedarnos para ayudar en lo que fuera al país y compartir el inmenso sufrimiento por el que estaba pasando la gente. Así, pues, me dejó con mi mamá y antes de que se fuera, al darle las gracias por lo que había hecho, al fin pude llamarla por su nombre.

Fue la última noche que pasé en mi casa, pues un poco más tarde, como a eso de las 7 de la noche, llegó de improviso un detective que mi tío, el padre Nemesio, en su gran preocupación, había mandado llamar para ayudarme. Venía desde San Miguel... Este señor, pariente nuestro por el lado de mi papá y a quien no conocíamos por ser grandísima la familia, sacó de repente unas armas de un maletín que llevaba consigo –pienso que para impresionarnos–, pero yo, por el miedo espantoso –que sentía que me aterraba realmente– de verme involucrada en cosas que nada tenían que ver conmigo, decidí en esos momentos irme de la casa, cosa que hice inmediatamente junto con una hermana que me acompañó, en medio de una tormenta horrible. No volvimos sino como hasta las 10 de la noche, ocasionándole más sustos a mi pobre mamá, quien ya no quería abrir porque no sabía quién estaba tocando la puerta y pensaba que a lo mejor aquel señor había vuelto con sus armas para matarnos. Pero al fin abrió y entramos... Eso sí, pasó la noche, y nomás amaneció me fui de ahí, así como más tarde hizo ella y demás miembros de la familia, porque ya no estábamos tranquilos.

Puedo decir, pues, que fue gracias a la Directora de Tutela Legal del Arzobispado que pudimos seguir con vida, que pudimos vivir. Que es gracias a ella que he podido llegar hasta el momento en que escribo estas líneas.

No fue sino hasta 1999, en que para mi sorpresa, volví a ver a María Julia en reuniones de PROMEMORIA histórica. Ahí, lo curioso era que ella se interesaba en mis intervenciones y cuando finalizaba la reunión o entre la misma, me decía “¿A dónde te he visto yo a ti?” y se quedaba haciendo memoria de mi rostro. Esto me lo decía cada vez que iba a las reuniones, porque yo no participaba de manera sistemática, sino eventualmente, cuando la persona designada a participar en ese espacio no podía hacerlo.

Siempre mis respuestas eran: “En algún lugar, María Julia, en algún lugar nos hemos visto”. Desde luego que mis respuestas eran evasivas, porque su pregunta tocaba lo más hondo de mi conciencia. Nunca tuve el valor de expresarle otra vez cuán agradecida estaba de su valentía, de llegar a los cuarteles y enfrentar a la estructura militar, de lograr mi libertad, de devolverme la confianza... Yo sentía que no iba a poder decirle nada, porque sólo con que me preguntara me conectaba con la cárcel y ese momento en que la conocí, que para mí sigue siendo tan doloroso. De hecho, al ver a María Julia, no podía dejar de conectarla con ese momento y no pude nunca superarlo. Incluso en una ocasión, que compartimos toda una semana en un seminario sobre ADN, no me atreví a decirle nada por considerar que no correspondía hacerlo en aquellos momentos.

En todo caso, lo que importa es que su valentía, su convicción y su firme compromiso en la defensa de los Derechos Humanos, su sensibilidad y también la dureza y franqueza con que decía las cosas, fueron y son una lección permanente en mí, que pienso que todos debemos retomar.

Todavía me cuesta creer el nivel de compromiso de María Julia. Ella pudo haber hecho otra cosa y no arriesgarse a defender casos en las cárceles, en la época en que las garantías a los Derechos Humanos estaban en total indefensión jurídica y política. Pero la vida es así, y afortunadamente hubo gente como ella: valiente, decidida, tenaz. Cualquiera otra persona hubiera renunciado, pero ella no lo hizo... ¿Y por qué no lo hizo? porque tenía claro que la gente estaba sufriendo terriblemente la violación a sus derechos humanos y a sus garantías constitucionales.

Y ese fue el compromiso de María Julia: un compromiso interior de solidaridad con las víctimas del conflicto. Con energía, con convicción.

Por eso, considero que el escribir sobre ella es un buen gesto para su memoria. Que es bueno que se conozca lo que hizo para que quede destacado en la sociedad, para que quede asentado, con raíces, en la memoria histórica de mujeres valientes como ella, y que sirva como ejemplo para nuevas generaciones de mujeres y de hombres también, porque desafió a los hombres en una situación tan difícil en la que cualquiera se hubiera echado para atrás y María Julia no lo hizo. Realmente yo siento que no podemos defraudarla.

Sus agallas, el asumir riesgos, es lo que nos muestra cuál debe ser la verdadera opción preferencial por los indefensos y pone en evidencia el por qué María Julia es una mujer a quien debemos admirar y de la cual sería bueno seguir sus pasos... ¡Gracias, María Julia!

MARÍA
JULIA
HERNÁNDEZ

MARÍA

MARÍA

JULIA

JULIA

MARÍA



María Julia Hernández, Junto a Nidia Díaz

María Julia Hernández ferviente defensora de los derechos humanos

Nidia Díaz

Un 18 de abril de 1985, en un enfrentamiento con el ejército salvadoreño en el Norte de San Vicente¹, bajo miles de balas por minuto cayendo sobre aquella ladera “china” que impedía cualquier encubrimiento, y avionetas que lanzaban rockets y bombas de 500 libras, herida de los tobillos, sin poderme mover y con un brazo ardiendo, absolutamente imposibilitado, un helicóptero Hughes regresó al lugar y un asesor norteamericano me capturó en el momento que yo estaba inconsciente. Ya prisionera, me heli-transportaron a la base de la Fuerza Aérea y después a la cárcel de la Policía Nacional.

Al principio, yo no sabía dónde estaba, ni lo que estaba sucediendo, ya habían pasado cuatro días sin que me reportaran y por lo tanto estaba como desaparecida. A todo esto, yo ignoraba que el FMLN había logrado descifrar un parte de guerra de la Fuerza Armada de El Salvador (FAES) en el que decía que me tenían herida y capturada, y por ello, el FMLN, ya había alertado a la comunidad internacional. De igual modo, ignoraba que el COPREFA² también ya había admitido el hecho a través de un parte público dado a conocer el mismo día al que me voy a referir enseguida, por lo que claramente se advierte que el gobierno, presionado por las circunstancias y las exigencias de la comunidad internacional, no tuvo más remedio que permitir que alguien me reconociera. Así, ese 22 de abril, que fue un lunes, me sacaron de la celda y me fueron a tomar un montón de fotografías (de frente, de perfil, de un lado, del otro...) y posteriormente, me volvieron a meter al interrogatorio, aunque luego me volvieron a sacar y me llevaron a un saloncito donde me quitaron la venda de los ojos y me sentaron. Fue ahí donde, de presto, vi a María Julia, que me observaba así, como inspeccionándome cómo estaba, de lejitos, y me dijo: “Vengo de Tutela Legal del Arzobispado. Te estamos reconociendo. Que estás viva”... y, bueno, ahí terminó todo. Yo estaba confusa, pues pese a que su cara me era familiar, no sabía exactamente quién era ni por qué estaba ahí. Además, me regresaron a la celda inmediatamente y empezó a correr el tiempo

A partir de entonces, puedo decir que el Arzobispo Arturo Rivera y Damas, y María Julia Hernández, Directora de Tutela Legal, pasaron pendientes del caso. Nombraron al Lic. Rico para que me visitara semanalmente en la cárcel (estuve presa 190 días) y me enviaban cosas para que pudiera ejercer ciertos derechos que ya para entonces había conquistado el COPPES³, como por ejemplo, una radio para oír música y noticias; acuarelas y colores para dibujar, etc.

¹. N.E. San Vicente es un departamento de El Salvador en la región Paracentral. Su capital es San Vicente, y se sitúa al pie del volcán Chichontepec. http://es.wikipedia.org/wiki/San_Vicente_%28El_Salvador%29

². N.E. Comité de Prensa de la Fuerza Armada (El Salvador).

³. N.E. Comité de presos políticos de El Salvador.

En ese tiempo, también llegó a verme Monseñor Gregorio Rosa Chávez, pues yo había emprendido toda una lucha para que me trasladaran del cuartel de la Policía Nacional a la Cárcel de Mujeres, sobre todo porque me tenían en una celda que estaba pegada al salón de los interrogatorios y siempre pasaba oyéndolos, volviendo a revivir los míos...

El día que yo salí liberada, el 24 de octubre de 1985, mi sorpresa fue que la que llegó a recogerme fue María Julia. Llegó con el Embajador de Panamá y mi compañera y amiga Rosa Elena Benavides (Graciela Menjívar), que ya la habían ido a traer antes a la Cárcel de Mujeres, donde había estado recluida unos meses. Fue un momento increíblemente hermoso, porque además de llegar a recogerme en algo espectacular, yo estaba perfectamente enterada que mientras yo estuve prisionera se había portado diez con mi familia y le estaba agradecida por todo su apoyo: por ejemplo, cuando a mi mamá la persiguieron y le ametrallaron el negocio, recurrió a Tutela Legal y ahí me la ayudaron a salir a Suecia, en compañía de mi hijo, mi hermana y su niña. Eso fue el 19 de junio de ese año 85 y posteriormente le ayudaron a salir a mi hermana mayor, Sonia, sus 3 hijos, mi tío Manuel y mi tía María Elena. Es más, ya liberada yo y en enero de 1986, María Julia contribuyó para que mi cuñado, quien iba a reunificarse con mi hermana cuando fue capturado en el aeropuerto, fuera encontrado en la Policía de Hacienda (torturado y aislado), luego de 17 días de desaparición. Incluso años después, en 1988, fue María Julia la que ayudó a mi papá y su núcleo familiar a aislarse en Suecia, después de sufrir cateo y amenazas, por el simple hecho de llevar mi sangre. En todos los casos, fue Tutela Legal del Arzobispado la que hizo las gestiones con la OIM (Organización Internacional para las Migraciones) para que pudieran salir del país, y así me di cuenta, por experiencia personal, que esta oficina del Arzobispado de San Salvador, no sólo atendía a los prisioneros y sus derechos, sino también a su familia como cosa sistemática, y eso era algo sumamente reconfortante.

Por ello, aquel 24 de Octubre de 1985, cuando se produjo el canje humanitario por la hija del Presidente Duarte y salimos de las cárceles cerca de 26 compañeros y compañeras, mi alegría fue enorme cuando vi a María Julia que llegaba por mí y más aún mi sorpresa cuando, saliendo de la cárcel, hubimos de transportarnos, pues lo hicimos en un camioncito blindado, de esos que usan los bancos para trasladar el dinero de un lado a otro (realmente era ocurrente María Julia); así que, salimos y nos fuimos al Centro Penal La Esperanza "Mariona", donde estaba el resto de compañeros. Recuerdo que después todos ellos fueron llevados (también Rosa Elena) en un camión de la Cruz Roja al lugar adonde se efectuaría el canje, en Tenancingo, y yo me quedé en la Embajada de Panamá con María Julia. Ella me acompañó todo el día mientras se concretaba la operación del canje humanitario de 23 alcaldes a cambio de nuestros 101 lisiados de guerra. Ahí, en la Embajada, se nos unieron otros dos presos que habían sido liberados⁴ y pasamos esperando hasta que en la noche nos llevaron al aeropuerto de Comalapa⁵, siempre en el carrito blindado, para poder reunirnos con los 101 compañeros que, ya liberados, sólo de esa forma podrían recibir el tratamiento médico adecuado en países amigos.

Según pude enterarme luego, debo decir que a excepción de algunas embajadas, el Cuerpo Diplomático acreditado en el país, el Arzobispo de San Salvador Arturo Rivera y Damas, y el padre Ignacio Ellacuría,

⁴. N.E. Eran los Internacionalistas hondureños Santiago de Jesús Rauda y el médico Marcelino Reyes Gómez <http://eltorogoz.net/Album3.htm>

⁵. N.E. Aeropuerto Internacional de El Salvador.

no sólo se portaron a la altura de las circunstancias, sino que cumplieron con una misión muy loable al ser testigos y garantes del proceso. Afortunadamente todo salió a la perfección y así, ya en el avión, pude ser entregada por María Julia al Embajador de Colombia en Panamá, el señor Julio Londoño, que había llegado a recibirnos, tras lo cual ella se despidió con un abrazo, esperando un día reencontrarnos...

En el año 1986, cuando yo empecé a hacer misiones a nivel internacional, volví a ver a María Julia en México (en aquellos momentos tratábamos lo relacionado con la humanización del conflicto) y para 1987, que yo fui nombrada Presidenta de la Secretaría de Derechos Humanos del FMLN, miembro de la Comisión Política Diplomática y me había quedado trabajando en el exterior a consecuencia de mis heridas (quedé lisiada de los tobillos), nuestros encuentros se hicieron cada vez más frecuentes, pues ella era la designada por Monseñor Rivera y Damas para tratar el asunto. Fueron varias las veces que nos reunimos para lograr el cumplimiento con los Derechos Humanos y el Derecho Internacional Humanitario, y así, por cuanto nosotros no necesitábamos estar frente a frente del Gobierno, sino que la Iglesia jugaba el papel de intermediaria, debo reconocer que fue un papel muy noble la intermediación. Fue un papel muy noble el que María Julia jugó en esa etapa de la guerra. Más adelante, ya durante todo el Proceso de Paz (y debemos recordar que estuvimos cerca de 8 años dialogando), también nos vimos en algunas ocasiones, pues entre el Primer Diálogo (en la Palma, Chalatenango) y el arranque de la Negociación propiamente dicha, que inició en abril de 1990 y duró dos años, la Iglesia jugó un papel importante ya que seguía siendo la intermediaria y María Julia seguía siendo la que atendía este rubro.

Por supuesto, cuando firmamos la Paz, en el 92, María Julia fue invitada a México, a presenciar la ceremonia. Fue, y ya cuando entramos al trabajo concreto, aquí, siempre en el 92, en febrero, nos empezamos a acercar a ella porque sabíamos que había seguido muy pendiente de la situación de los Derechos Humanos y del Derecho Humanitario Internacional buscando alguna salida, buscando que se cumplieran e hicieran efectivos. Por eso, el primero de septiembre del año 1992, ya firmada la Paz, fue invitada para que fuera testigo de la fundación del partido FMLN, junto con Monseñor Gregorio Rosa Chávez y Monseñor Rivera y Damas; así como cuando cumplimos 25 años se le otorgó la Medalla al Mérito "Farabundo Martí", por el papel que jugó en su momento. Ella tenía fe y confiaba en que nos convertiríamos en partido político. Y así fue.

Posteriormente, ya en la etapa de post guerra, me la encontré en la lucha por la democratización del país, por la plena vigencia de los Derechos Humanos, y siempre muy activa, luchando contra la impunidad, luchando por hacer prevalecer los Derechos Humanos. Ya para entonces, yo sabía que fue ella, desde Tutela Legal, quien impulsó importantísimos proyectos como fue la construcción del Monumento a las Víctimas, la exhumación de gente caída, y que también se estaba dedicando al tema de buscar los cementerios clandestinos. En eso estábamos la última vez que conversé con ella. Por eso, afirmo que María Julia siempre tuvo un espíritu "romeriano", es decir, un temple influido totalmente por Monseñor Romero, por Monseñor Rivera y Damas. Y en esto, bien recuerdo cómo llevó el caso de Monseñor Romero, cómo luchó...

No hay duda que por todos sus atributos, por todo su coraje y su entrega se le quería mucho. Desde los distintos ámbitos, a ella, se le quería muchísimo. Era una autoridad moral. La respetábamos mucho. Por ese

indeclinable humanismo, por su solidaridad. Conmigo personalmente fue muy solidaria. Pero en general con todo el pueblo y el proceso. Fue muy solidaria. Ella trataba de seguir el ejemplo de La voz de los sin voz y tenía una capacidad jurídica y de investigación increíble. Fue lo que más me impactó. Era una mujer muy valiente, que iba a los terrenos a investigar los casos. Me impactó desde que estábamos en el marco del proceso de la Guerra Civil, cuando trabajábamos en la humanización del conflicto y yo representaba la defensa de los Derechos Humanos del FMLN y ella me decía: “Mira: pero hubo tal o tal cosa, ustedes cometieron tal cosa”, y yo le contra argumentaba, y ella no cedía hasta que se le presentaran pruebas. Ella iba al terreno, inspeccionaba e investigaba y sacaba sus valoraciones. También documentaba todo. Era muy estudiosa de la materia, del Derecho Humano y del Derecho Internacional Humanitario. Eso me encantaba de ella. Y sus juicios, categóricos, la valentía con que enfrentaba a la mentira, a la impunidad... y públicamente, porque a ella la entrevistaban bastante. Entonces, hay que reconocer que ella tenía esas capacidades, de ir a los lugares, in situ, y arriesgar su propia vida. Que era una ferviente defensora de los Derechos Humanos. Y esas fueron las cosas que a mí me impactaron. Además, era muy amiga, muy sencilla. Por otro lado, María Julia no tenía privilegios para nadie, era muy dada con toda la gente, con todas las comunidades. Por eso es que digo que encarnó y vivió el espíritu romeriano. Y era muy espiritual, también. Una mujer de oración.

De ahí, pues, que lo que más valoré de María Julia, puedo decir que fue la fe con la que trabajaba y la forma de involucrar equipos, que son aspectos quizás secundarios, pero que reflejan una visión de su trabajo. Ella formó equipo, formó escuela. Una escuela que siempre sigue activa en Tutela Legal del Arzobispado, pues por lo que sé, siempre sigue en la misma línea de proyección del trabajo. Fue una mujer que se entregó 100 por ciento. Y si algo hay que reprochar es que no atendió oportunamente su salud. Pero su amor y entrega a la gente, su trabajo, su esmero bajo el rigor de la dictadura, de la clandestinidad más grave, fue llevado a cabo en su totalidad. En otras palabras, ella se supo desempeñar, abrió brecha a ese tipo de trabajo, pero se olvidó de sí misma y así se fue deteriorando su salud por aspectos que pudo haber previsto. Por supuesto, sentimos muchísimo el que se haya ido, porque María Julia murió joven. Tenía mucho todavía por delante que darle a la patria. Lastimosamente no pudo ver el cambio⁶, así, directamente, pero lo abonó, lo construyó y puedo decir que es gracias también a su aporte que hemos abierto una puertecita.

Estoy segura que si ella viviera estaría dando la lucha siempre por los aspectos fundamentales de que hoy sí se cumpla la resolución de la Corte Interamericana de Derechos Humanos sobre Monseñor Romero, que es todo un paquete que el Estado tiene que cumplir. Inclusive el monumento, las cátedras que tienen que darse, lo que tiene que enseñárseles a los niños desde pequeños sobre la persona de Monseñor, etc.

Considero que ella estuviera, como se dice, en el ajo de las iniciativas para concretar esa sentencia que se dio por parte de la Corte sobre el caso de Monseñor, y también estaría exigiendo que funcionara la Comisión de Reparación de las Víctimas, nombrada por el presidente Mauricio Funes, cuando pidió perdón al pueblo salvadoreño por el abuso de poder que tuvieron contra el pueblo. De eso no me cabe

⁶ N.-E. Se refiere al cambio de gobierno al ganar el FMLN en 2009.

duda. Seguramente, también ella formaría parte de la Comisión de Reparación. Seguramente estaría contenta por ese perdón que se pidió, pero estaría exigiendo que se concretara esa Comisión de Reparación del daño moral y material, así como estaría insistiendo en que el grupo de trabajo de la ONU sobre desapariciones forzadas estuviera aquí ya más instalado. Es decir, estaría activa. Ni duda cabe. Y por eso sus ideas y su ejemplo están presentes en todos los luchadores y defensores de los Derechos Humanos y los que luchamos contra la impunidad, porque sentimos que aunque no esté físicamente, su legado histórico a este país es grande y el pueblo tiene que entrañarlo y vivirlo.

Sin lugar a dudas, María Julia Hernández ha sido una gran Patriota, al igual que María Feliciano de los Ángeles Miranda ⁷, heroína y prócer de El Salvador; de Prudencia Ayala ⁸, de Marianela García Villas ⁹ y de tantas mujeres, no sólo salvadoreñas, sino internacionales. Por eso, puedo decir que quizá haya omitido algunas cosas importantes de nuestros múltiples encuentros, pero puedo dar fe que María Julia Hernández era una mujer excepcional.

⁷. N.E. María Feliciano de los Ángeles Miranda. Junto con su hermana, Manuela y los comisarios Juan Morales, Antonio Reyes e Isidro Sibrián, se levantaron en armas y asaltaron la población de Sensuntepeque en donde se tomaron el cuartel. Murió a principios de 1812, a sus 22 años, cuando su espalda desnuda recibió los latigazos del castigo. Fue declarada Heroína de la Patria mediante el decreto legislativo 101 (30 de septiembre de 1976).

<http://educasitios2009.educ.ar/aula62/2009/11/13/lucha-de-mujeres-por-nuestra-independencia/>

⁸. N.E. Prudencia Ayala (Sonzacate, 28 de abril de 1885 - San Salvador, 11 de julio de 1936), escritora y activista social salvadoreña, que luchó por el reconocimiento de los derechos de la mujer en El Salvador. No se tiene constancia de su participación en el levantamiento campesino de 1932, pero se cree que colaboró con los alzados. http://es.wikipedia.org/wiki/Prudencia_Ayala

⁹. N.E. Marianela García Villas. Fue fundadora de la Comisión de Derechos Humanos, Vicepresidenta de la Federación Internacional de Derechos del Hombre (FIDH) y Coordinadora de los Organismos para la Defensa de los Derechos Humanos para los Pueblos de Centroamérica y el Caribe. Fue asesinada el 14 de marzo de 1983, cuando tenía 35 años de edad y era la presidenta de la Comisión de Derechos Humanos (CDHES). En 1969, se incorporó al Partido Demócrata Cristiano, PDC. Fue diputada por este partido, de 1974 a 1976, pero renunció al PDC en 1980.

<http://perfilesdesalvadoreños.blogspot.com/2007/08/marianella-garca-villas-fundadora-de-la.html>

MARÍA
JULIA
HERNÁNDEZ

MARÍA MARÍA
JULIA JULIA

MARÍA



María Julia Hernández, con el equipo forense en El Mozote.

Mis recuerdos sobre María Julia Hernández

David Morales

Conocí a María Julia Hernández en el año 1990. Yo recién había egresado de la UCA¹ en el segundo semestre de 1989, por lo que fuimos una promoción marcada por el martirio de los padres jesuitas². Envuelto en la emotividad de esos meses, Lorena Argueta, mi amiga y compañera de estudios, que ya laboraba en Tutela Legal, me convocó a una entrevista de trabajo con ella.

El primer contacto fue cordial, sin presiones: María Julia exploró mi interés, capacidades y quizá, mi vocación para desarrollar este tipo de labor. Me aceptó en el equipo de Tutela Legal donde yo trabajaría durante siete años; los últimos dos, tras una ausencia de 10 años, pero en la cual no dejé de estar vinculado a la defensa de los derechos humanos y a ella también en diversas situaciones. Cuando regresé en 2005, lo hice para concluir mi deuda de completar la historia de la lucha de Tutela Legal en el caso judicial de El Mozote³, pero también para ampliar la investigación del caso. Mi experiencia con María Julia fue distinta a la de los primeros años de mi trabajo con ella.

Al final de la guerra e inicios de la postguerra, casi siempre nuestras conversaciones fueron sobre los casos, los problemas, las víctimas, los informes; muy pocas veces temas personales. Tras mi regreso a Tutela Legal hubo más espacio. Cuando viajábamos al interior, especialmente al norte de Morazán⁴ y a El Mozote, pudimos conversar. Yo la motivaba a recordar y el regalo de su memoria ha sido hasta hoy inestimable para mí.

Me habló de sus padres, de una jovencita María Julia, estudiante de clase media, que gustaba con su hermano de tomar el auto familiar y reunirse con amigos en la zona alta de la colonia Escalón, para luego vivir la aventura de bajar a velocidad por lo que entendí, ahora es el Paseo General Escalón. En una ocasión, haciendo eso, volcaron y desbarataron el auto, debido a unas reparaciones en la calle. Afortunadamente salieron ilesos, aunque un poco magullados. Unos cables de electricidad les cayeron al lado. Me describió el rostro de ambos, pálidos de susto y culpa mientras le informaban a su padre del auto destrozado; la reacción de enojo del padre y su orden de enviarlos a sus cuartos castigados para, poco después, en arranque de ternura, correr hacia ambos y revisarles asustado para cerciorarse que estaban bien.

¹. N.,E. Universidad Centroamericana "José Simeón Caña", UCA.

². N.E. En medio de la Ofensiva guerrillera declarada el 11 de noviembre de 1989 por el FMLN, seis sacerdotes jesuitas y una empleada con su hija fueron asesinados a mansalva la madrugada del 16 de noviembre, por el ejército salvadoreño, dentro de la universidad.

³. N.E. Nombre de un caserío con el que se denomina a un conjunto de masacres contra población civil cometido por el Batallón Atlacatl de la Fuerza Armada de El Salvador, durante un operativo de contrainsurgencia, realizado los días 10, 11 y 12 de diciembre de 1981 en el norte del departamento de Morazán, El Salvador. Se la considera la peor masacre en el Hemisferio Occidental, en tiempos modernos. http://es.wikipedia.org/wiki/Masacre_de_El_Mozote www.tutelalegal.org

⁴. N. E. Departamento de El Salvador, ubicado en la zona oriental del país. <http://es.wikipedia.org/wiki/Moraz%C3%A1n>

Recuerdo, de igual forma, su relato sobre el inicio del compromiso con los Derechos Humanos. El “parteaguas”⁵ de su historia personal fue Monseñor Romero. Narraba sus años de estudiante en la Universidad Centroamericana, cuando, según sus palabras, “buscaba lo suyo”. Muchos de sus amigos se incorporaban ya a las nacientes guerrillas y la invitaban a participar.

No sé si en algún momento tuvo dudas al respecto, pero con contundencia recordó a una amiga suya que la invitaba a participar en la revolución, pero que en una coyuntura concreta, ante una pregunta de María Julia, esta amiga le respondió que personalmente no participaba en acciones peligrosas, pues era una intelectual que debía preservarse para la construcción futura de la sociedad. María Julia me dijo: “¿Entonces? ¡Los humildes al matadero como gallinas y ésta bajo la cama por intelectual!”; vio muy claro entonces que eso no sería lo suyo.

Sin embargo, muchos de sus amigos sí se entregaron e incluso murieron en coherencia con sus ideales durante la lucha armada. Aún recuerdo su expresión de tristeza interior, al final de la guerra, mientras daba indicaciones para investigar la muerte del Comandante Jesús Rojas, en Chalatenango, quien, según sé, fue su amigo cuando el Comandante no era tal sino un estudiante jesuita de la UCA, aspirante a sacerdote y cuyo nombre real era Antonio Cardenal.

Lo suyo llegaría con Monseñor Romero, luego que Monseñor convocara a estudiantes y profesionales, para asistirle en su titánica lucha de brindar consuelo y protección al pueblo duramente reprimido. Ella fue una de las estudiantes que atendió la convocatoria y allí se quedaría para servir el resto de su vida... con todas las fuerzas de su vida. Decía de aquél primer encuentro: “Lo que más me impresionó fue la enorme humildad de aquél hombre, la humildad con la que nos pedía ayudarle”.

Treinta años después, todavía se llenaba de emoción cuando hablaba de sus primeras tareas para Monseñor. Una de ellas fue la elaboración de un proyecto para financiar la reconstrucción de la recién dinamitada Radio YSAX⁶. “Entonces no tenía ni la menor idea de cómo elaborar un proyecto”, recordó. Se sintió muy alegre cuando finalizó el documento y buscó de inmediato a Monseñor Romero, quien estaba en una reunión en una comunidad rural. Lo interrumpió y él se molestó; no aceptaba interrupciones cuando estaba con su gente, con su pueblo humilde, me explicó, pero después la llamó con cariño, a compartir los sencillos alimentos que la gente campesina les ofrecía con hospitalidad.

Una anécdota impresionante de María Julia fue su vivencia del martirio y exequias de Monseñor Romero. Cuando la noticia de su asesinato le llegó, por una llamada telefónica, ella se encontraba transcribiendo justamente la homilía del 23 de marzo de 1980, la más conocida de Monseñor. María Julia fue la primera transcritora de sus homilías y, gracias a ella, fue posible preservar inicialmente el tesoro de su palabra.

⁵. N.E. Parte aguas es la divisoria de aguas de las diferentes cuencas, es la cumbrera del tejado, y en sentido figurado es “un antes y un después” (un acontecimiento tan importante que se convierte en un hito para cierta disciplina o comunidad; en un punto de inflexión en el desarrollo de algo). Es de uso habitual en México. <http://forum.wordreference.com/showthread.php?t=389673>

⁶. Radio YSAX, La Voz Panamericana, era la voz oficial del arzobispado de San Salvador, dirigida por el Arzobispo mártir Monseñor Óscar A. Romero. Fue destruida por una bomba el 19 de febrero de 1980. <http://www.facebook.com/pages/Ysax-radio/105077116216510>

Durante las exequias, prometió a Monseñor Romero no separarse de su cuerpo hasta la cristiana sepultura. Anhelaba el privilegio solemne de cargarlo, pero no era posible; esta opción estaba reservada para sacerdotes y seminaristas. Era muy difícil que pudiese hacerlo una mujer y pequeña de estatura como ella, me dijo.

Para la misa de cuerpo presente Monseñor fue colocado en el atrio de la Catedral Metropolitana, el templo que fue el sitio por excelencia de su palabra gigantesca, durante su episcopado arzobispal. Allí presidían la misa un cardenal, muchos obispos y sacerdotes, en compañía de colaboradores y otras personas cercanas de Monseñor. María Julia no se separó nunca del féretro.

Una barda más bien frágil, separaba el cuerpo y los oficiantes de una multitud inmensa, apretada en la mayor plaza del centro histórico de San Salvador, hoy conocida como plaza cívica. El pueblo se había precipitado para despedir a su pastor. De pronto, en medio de la misa... las explosiones en la plaza y los disparos de los francotiradores, el pánico, la estampida humana, los muertos. La multitud, como en oleadas, intentaba vencer la resistencia de la cerca metálica para refugiarse en el interior de la Catedral; los oficiantes se percataron del riesgo de ser aplastados cuando la gente ingresara y buscaron refugio dentro del templo. El féretro con Monseñor Romero, por unos instantes, quedó abandonado en el atrio, pero no en soledad. María Julia siguió allí, angustiada, la única junto a él, pensando en qué hacer, ¿qué podía hacer sola para salvar el cuerpo! Fue radicalmente fiel, María Julia, a su promesa de no separarse de Monseñor, a pesar de sí misma.

Entonces se escuchó el grito del padre Paredes: “¡El cadáver!”. Varios seminaristas se presentaron y María Julia junto con ellos cargó el cuerpo hasta la Cripta de la Catedral, donde Monseñor Romero sería finalmente sepultado. “Se me concedió cargarlo”, me dijo, con una mirada nostálgica y una pequeña sonrisa de triste satisfacción. El cuerpo se inhumó ya sin ceremonias solemnes, con prisas, temiendo un atentado. Hasta completar la cristiana sepultura, María Julia estuvo allí, junto al Egregio Pastor a pesar de la angustia por la suerte de su hermana Gloria, quien se encontraba en la plaza al momento del ataque. Después de la sepultura, María Julia subió a la nave del templo y se dedicó a auxiliar a la multitud refugiada en el interior, especialmente a los familiares que buscaban a sus seres queridos entre los cadáveres tendidos en el piso.

Tras el martirio de Monseñor Romero, la dirección del Arzobispado recayó en otro admirable pastor, Monseñor Arturo Rivera Damas, quien fue designado como Administrador Apostólico y ejercería como tal por aproximadamente dos años, hasta ser confirmado como Arzobispo de San Salvador. Monseñor Rivera fue el Pastor del Diálogo, los esfuerzos de paz y la Pastoral de los Derechos Humanos. Fundó la Oficina de Tutela Legal del Arzobispado y, por consejo de Monseñor Ricardo Urioste, según escuché, nombró a María Julia como la Directora de esa histórica oficina de defensa de los Derechos Humanos, en donde ejercería hasta su muerte, 25 años después.

Como Directora de Tutela Legal, María Julia se convirtió en la gran defensora de los Derechos Humanos de El Salvador durante la Guerra Civil. Muchas personas, con emoción y lágrimas, durante sus funerales, se acercaban a dar testimonio de cómo María Julia les salvó la vida. Se trataba de recuerdos íntimos, de cárcel, sufrimientos, torturas; pero

en contraste con estos, sentimientos de agradecimiento, admiración y amor por la valiente y buena samaritana que les salvó de las garras de la represión.

María Julia y el equipo de Tutela Legal se internaban en las zonas de guerra, e investigaban las graves violaciones al Derecho Internacional Humanitario. Bombardeos, asesinatos, desplazamientos forzados. Nos refería su profunda impresión al llegar a comunidades cuya vida aún se palpaba: el rescoldo de leña en las cocinas, el chorro de agua cayendo, el café en los pocillos... pero nadie allí. Sólo pueblos fantasmas.

La gente, las familias huían y se internaba en los montes rápidamente, ante cualquier sospecha de la llegada de los soldados, del escuadrón de la muerte. Temían ser masacrados, como muchos otros.

Me impresionó la anécdota de su visita a la prisionera Nidia Díaz, Comandante del Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos (PRTC), capturada, herida y torturada. Por gestiones de Monseñor Rivera se le permitió a María Julia verla, bajo reglas estrictas; la vería a distancia y no podría hablarle. Me narró que al verla, espontáneamente le gritó: "¡Nidia, Monseñor Rivera sabe de ti!". Los militares sacaron a María Julia del lugar, furiosos, entre amenazas. Pero los torturadores habían sido ya desarmados, la prisionera sabía que no estaba sola.

Fui alumno de varios de los padres jesuitas mártires. Uno de mis mayores privilegios fue estar en la cátedra de derechos humanos del padre Ignacio Ellacuría, un semestre apenas antes de su asesinato. Por eso el testimonio de María Julia sobre aquél martirio me marcó.

En plena ofensiva guerrillera de 1989, María Julia cruzaba las calles en medio de las balas. Debía buscar a los niños de una escuela parroquial en Ciudad Delgado para evacuarlos, pero ya no estaban ahí cuando llegó. Como el toque de queda le impedía en esas noches volver a su casa, trabajó hasta tarde esa jornada y amaneció el día 16 de noviembre en el Arzobispado.

A la mañana temprano los Obispos recibieron el aviso y le pidieron que los acompañara hasta la UCA. En el automóvil se conducían los tres, Monseñor Rivera, Monseñor Rosa y María Julia. Me dijo que Monseñor Rivera decidió que oraran; él dirigía el rosario y de pronto, la frase fuerte del Arzobispo, cargada de indignación: "*¡No saben con quién se han metido!*" Y siguió orando.

María Julia fue alumna de los mártires jesuitas desde los setentas; era su amiga, hermana, discípula y compañera defensora de los Derechos Humanos. Me dijo que al ver los cadáveres, los restos de masa encefálica dispersos, la sangre, le sobrecogió un mareo atroz y sintió que caía hacia atrás como en un profundo pozo. Entonces, repentinamente, de nuevo la voz firme del Arzobispo: "*¡María Julia! ¡Tienes que investigar!*".

Eso la hizo volver. Se volcó a la investigación. Entrevistó, inspeccionó, interrogó; protegió con firmeza a Lucía Barrera, testigo presencial de la masacre. Enfrentó al cómplice Fiscal General. Dos semanas después entregó a Monseñor Rivera el informe de Tutela Legal y Monseñor denunció al mundo la responsabilidad de la Fuerza Armada. Sólo hasta entonces María Julia se retiró a descansar. Esa noche, por primera vez desde la masacre, rompió en llanto y lloró durante horas, por sus hermanos, por la violencia, por el pueblo victimizado.

Sobre su obra en Tutela Legal, puedo decir que cuando ingresé a esa Oficina María Julia había construido ya un sistema rígido, pero muy profesional de trabajo. El método de investigación, los informes, la recepción de testimonios, todo se ordenaba en procedimientos rigurosos a seguir. El viernes era un ritual; el informe semanal, hasta altas horas de la noche. El reporte debía ser entregado sin falta a las nueve de la mañana de cada sábado al Arzobispo o a Monseñor Rosa. Ellos, sabiamente, siguieron la tradición de Monseñor Romero de incluir el Reporte de Derechos Humanos en sus homilías y fueron por ello una voz de consuelo y de defensa para las víctimas.

Recuerdo a María Julia en aquellos años, seria y ensimismada antes de las conferencias de prensa, revisando los últimos datos. Recuerdo las largas bancas a la entrada de Tutela Legal, llenas de madres, obreros, campesinos, estudiantes de rostros preocupados, esperando hablar con María Julia. Ella marchándose tarde, hasta recibir al último. La recuerdo riendo, como niña luego de una travesura, después de haber gritado enérgicamente por el teléfono a un Coronel del Estado Mayor y exigirle cesar un abuso. La recuerdo siguiendo divertida los juegos casi infantiles que promovía en las celebraciones de cumpleaños. La recuerdo disfrutando de una buena copa de vino y decir cuánto amaba los conciertos de Brandemburgo de Bach. La recuerdo también solemne, con los ojos cerrados, en la primera fila de la Iglesia, durante la misa y la eucaristía. Fue una mujer de profunda fe y cristiana ejemplar.

Era firme y muy dura con nosotros, así debía ser, pero era dulce casi siempre con las víctimas. Esa dulzura ante los sobrevivientes de la masacre de El Mozote siempre la tendré presente.

Después de la guerra, María Julia siguió siendo una incansable luchadora en contra de la impunidad. Fue la época de las exhumaciones de las víctimas de masacres, realizadas con el invaluable apoyo del Equipo Argentino de Antropología Forense. Enriqueció la Pastoral de Derechos Humanos con los proyectos de educación y la red de comisiones parroquiales.

Se recuperó inexplicablemente de una gravísima crisis de salud que sufrió a mediados de 2006 y realizó, de nuevo, memorables esfuerzos en la defensa de los Derechos Humanos.

Antes de su crisis definitiva, en febrero de 2007, presentó ante la Asamblea Legislativa la pieza de correspondencia que impidió la nominación de Roberto d'Aubuisson como Hijo Meritísimo de El Salvador; sus palabras en la famosa plaza del "palo de hule", frente a la Asamblea, la representan con la fuerza de siempre, incólume, inquebrantable para enfrentar las injusticias.

La vi por última vez en la cama del hospital, poco antes de su muerte. Tuve que narrarle, por su insistencia, detalles de las exequias de nuestra entrañable Rufina Amaya, la valerosa sobreviviente de El Mozote. Derramó una lágrima. Le dije que la queríamos, que la esperábamos en la oficina pronto... Me respondió: *"También los quiero mucho, ustedes (el equipo de Tutela Legal), son como mi familia en El Salvador"*.

No tengo dudas que el proceso de cambios que hoy avanza en El Salvador, y nuestro ánimo para enfrentar las muchas dificultades en esos avatares, no encontrarían sentido ni energía si no fuese por el legado de personas extraordinarias como María Julia Hernández, personas que son el ejemplo pleno de un amor total por nuestro pueblo tan sufrido y tan valiente.

MARÍA
JULIA
HERNÁNDEZ

MARÍA

MARÍA

JULIA

JULIA

MARÍA



María Julia Hernández, recibiendo título Doctorado Honoris Causa en Derechos Humanos de la Universidad José Simeón Cañas (UCA) Padre José María Tojeira y Rodolfo Cardenal

María Julia Hernández: Plenamente mujer

Padre José María Tojeira S.J.

Evocar a María Julia es pensar una vez más en formas modernas de humanidad ejemplar, o dicho en términos específicamente cristianos, de santidad. Frente al santo clásico, alejado del mundo, o que se acerca al mundo desde el apoyo que le da su comunidad y la seguridad que la vida organizada en grupo proporciona, esta mujer defensora de la Derechos Humanos nos presenta otra imagen: la de una cristiana libre, autónoma y al mismo tiempo hondamente comprometida con la realidad y con la Iglesia, empeñada en hacer el bien, enfrentando, para cambiarla, una terrible situación de violencia e injusticia.

Conocí a María Julia durante el terremoto del 86. Aunque permanecía en las labores normales de Tutela, se multiplicaba en el apoyo de quienes estábamos trabajando en la emergencia. Cuando en un video realizado desde el arzobispado se mencionaba brevemente, pero con demasiado entusiasmo, la participación del Presidente Duarte en la reacción al terremoto, a mí se me ocurrió comentar que ese par de minutos sobraba. Un *compañero en el sacerdocio me dijo inmediatamente: "Como que ya te ha contagiado María Julia. Ella es la única que hace ese tipo de comentarios"*.

La verdad es que en aquellos momentos la Iglesia fue la gran protagonista de la respuesta al terremoto. El Estado no tenía medicinas en sus hospitales ni capacidad de comprar comida. La Iglesia puso sus recursos humanos y económicos al servicio de los pobres, así como las bodegas completas de todas las Cáritas diocesanas, con medicina, ropa y alimento, al servicio de los damnificados. Salió a la calle ayudando con recursos prácticamente el mismo día del terremoto. El Gobierno se empezó a hacer presente, y con menos recursos, como tres días después de la tragedia. Yo no había escuchado a María Julia ningún comentario, pero cuando le comenté lo que me había dicho mi colega se moría de la risa. Ahí nació una amistad que se iría profundizando hasta llegar a su plenitud en el año 89.

En efecto, en la mañana del 16 de noviembre de 1989 vi una vez más a María Julia al lado de Mons. Rivera, entrando en la casa de los jesuitas contigua a la UCA para rezar en frente de los cadáveres de Ellacuría, sus compañeros jesuitas, Elba y Celina. Cuando los periodistas, entrando el arzobispo, le preguntaron quién había matado a los jesuitas, él contestó con su enorme aplomo: *"Como cristianos, primero rezamos y después contesto a las preguntas"*. Antes de rezar me preguntó quién era cada uno de los tumbados boca abajo en el suelo, varios de ellos prácticamente irreconocibles por tener con la cabeza totalmente destrozada por las balas. Rezó y a continuación me

dijo: *“Le he dado orden a María Julia de que comience una investigación prioritaria hoy mismo”*. Sólo después contestó a los periodistas, que repetían la misma pregunta, diciéndoles: *“Los mató el mismo odio que mató a Mons. Romero”*.

María Julia se puso inmediatamente en movimiento. Acompañó los cadáveres durante toda la autopsia, analizó datos, conversó con quienes habíamos sido testigos, al menos auditivos, del intenso tiroteo que en el interior de la UCA prosiguió al asesinato de los jesuitas y sus dos colaboradoras. Un tiroteo de 20 minutos como mínimo, en el que se tiraron tres granadas, un cohete antitanque Law, y se disparó con armas de diverso calibre, incluida una ametralladora M60. Dado que el lugar donde se produjo el intenso tiroteo estaba ubicado a 200 metros de la colonia Arce, donde vivía la mayoría de los altos mandos de la Fuerza Armada, a 500 metros en línea recta del edificio de Inteligencia militar y a 700, más o menos, del Estado Mayor, era evidente que se trataba de un crimen institucional planificado y autorizado desde los más altos niveles de la Fuerza Armada. Pero María Julia no se conformó con eso. Interrogó a los pocos testigos que quisieron hablar, hizo análisis balísticos, examinó los datos de la autopsia y guardó personalmente algunas pruebas materiales que los jesuitas, temerosos de su desaparición, habíamos recogido en el lugar de los hechos, y que considerábamos clave para poder demostrar la autoría militar e incluso personalizar la responsabilidad del crimen. El modo de hacer justicia, en el que con frecuencia desaparecían las pruebas, nos llevó entonces a salvaguardar algunas de ellas y a entregárselas a María Julia para una mayor protección de las mismas.

Entre esas pruebas se encontraban diversos tipos de vainillas de las armas disparadas, un cartón sobre el que los asesinos habían escrito una leyenda atacando a los jesuitas y responsabilizando de la autoría del crimen a miembros del FMLN y el cartucho del cohete antitanque. Posteriormente, cuando vimos que, aunque con serias limitaciones, había la voluntad de llevar a cabo un juicio, María Julia entregó las pruebas al juez. E inmediatamente la Fiscalía abrió un juicio contra ella por ocultación de pruebas. El Fiscal General no se atrevió a procesar a los jesuitas, que fuimos quienes recogimos las pruebas y quienes se las entregamos a María Julia como medida preventiva a cualquier intento de la fuerza Armada de hacerlas desaparecer, como hicieron, por sólo mencionar un hecho, con el libro de entradas y salidas de la Escuela Militar el día del asesinato.

La desbordante actividad de María Julia logró que en una semana tuviéramos ya el informe de la Tutela Legal, de unas 15-20 páginas, demostrando que era la Fuerza Armada la autora de los crímenes. A pesar de la evidencia, y de la insistencia de Monseñor Rivera en su Homilía del domingo 26 de noviembre, afirmando que todo indicaba que el crimen había sido cometido por la Fuerza Armada, ésta tardó todavía más de un mes en reconocer y aceptar los hechos, pero tratando sistemáticamente de desvincular al Estado Mayor del crimen.

Los ataques a María Julia no quedaron ahí. Otro caso en que de nuevo le tocó sufrir mentiras en su contra fue el de la testigo Lucía Cerna. Lucía era una trabajadora de limpieza en la UCA a la que se le había permitido dormir en lo que hoy son las instalaciones de la YSUCA, justo en un cuarto cuya ventana tiene visión directa de la puerta de entrada al predio de la casa donde vivían los jesuitas. Al finalizar el tiroteo Lucía se asomó a la ventana y vio pasar a los miembros del ejército, a la luz

de dos bengalas (no había energía esa noche) que el mismo grupo del Atlacatl había lanzado para asegurarse de que no quedaban testigos vivos. La buena de Lucía, en su testimonio judicial, ignorante del disparo de las bengalas, diría que había una luna intensísima, que iluminaba como si fuera de día, y que reconoció claramente a los soldados, por la calidad y exactitud de sus uniformes, como miembros de la Fuerza Armada.

Cuando, previo a sus declaraciones judiciales, Lucía me informó de lo que había visto, le pedí que hablara con María Julia para que esta última me dijera si merecía la pena que ese testimonio fuera dado en juicio. Porque de ser así todos los que me rodeaban me decían que Lucía tendría que salir del país. María Julia la entrevistó y me dijo que el testimonio de Lucía era importante. Le busqué refugio en la Embajada Española, negado por el embajador de entonces en un primer momento, y aceptado posteriormente por mediación del Viceministro de Asuntos Exteriores de España.

Dado el testimonio, Lucía partió hacia Estados Unidos. Al llegar a Miami, a petición de la Embajada norteamericana en El Salvador, Lucía fue retenida en un hotel por el FBI durante una semana aproximadamente. Durante toda esa semana fue sometida, en ocasiones varias veces en un solo día, al polígrafo, a pesar de ser una mujer hipertensa y ser el polígrafo de muy dudosa fiabilidad en el caso de los hipertensos. Ahí llegó a interrogarla el Teniente Coronel Rivas Mejía, entonces Director de la Comisión Investigadora de Hechos Delictivos. El militar salvadoreño la presionó para que reconociera que no había visto nada, y que su versión de los hechos había sido inventada por el jesuita salvadoreño Francisco Estrada, sustituto de Ellacuría en la UCA. *“Si no reconoces que fue Estrada el que te dijo lo que tenías que decir en el juicio, te van a mandar de vuelta a El Salvador, a ti, a tu esposo y a tu hija y ya sabes lo que les va a pasar allá”*, le decía el oficial salvadoreño.

Temerosa de que fueran a matar a más jesuitas, a la pobre Lucía no se le ocurrió más que decir que María Julia era la que le había dicho lo que tenía que inventar en el juicio. Esta declaración fue sometida al polígrafo una vez más por el FBI y apareció siempre como falsa. Sin embargo, fue filtrada a la prensa y en los cables internacionales apareció la noticia de que la testigo se había desdicho de lo testimoniado en el juicio, acusando a María Julia de haberle dictado lo que tenía que decir. Nuestra buena directora de la Tutela Legal ni se inmutó. Al contrario, dijo que Lucía había hecho bien para que la dejaran en paz. Cuando le comentaba esto a Mons. Rivera, el Arzobispo me decía: *“María Julia sabe de sobra que hay que sufrir por el Reino y que a las víctimas hay que apoyarlas siempre, aunque a veces tengan momentos de debilidad”*.

En un momento de extrema debilidad, cuando los jesuitas no nos atrevíamos a decir en voz demasiado alta que la Fuerza Armada había organizado y cometido el asesinato de los jesuitas y sus colaboradoras, María Julia, con el apoyo incondicional de Mons. Rivera, fue realmente el primer y fundamental eslabón hacia el conocimiento de la verdad.

Estos acontecimientos, tan llenos de intensidad humana y de solidaridad combatiente por la verdad y la justicia, sellaron una sólida amistad, ya existente de antiguo, pues María Julia había sido alumna y amiga de los jesuitas en la UCA, así como defensora de los mismos valores, concentrados en su caso en la defensa de los Derechos Humanos. Desde esta experiencia de defensa radical del grupo masacrado en la UCA, la

colaboración y diálogo se volvió permanente en todos los campos, incluido el servicio a la fe. Profundamente religiosa, hizo con nosotros en repetidas ocasiones los Ejercicios Espirituales de San Ignacio. El amor a Cristo, cuyo rostro veía en las víctimas, y el amor a la Iglesia, la dirigía en todo momento.

Es en este contexto que la Compañía de Jesús primero, y la UCA después, decide honrarla con sus máximas distinciones. La Compañía de Jesús dándole la Carta de Hermandad en 1990, una especie de integración en el cuerpo de la Compañía que obliga a los jesuitas a tenerla siempre presente en sus oraciones, y la UCA otorgándole unos años después el Doctorado Honoris Causa en Derechos Humanos. La concesión de la Carta de Hermandad se llevó a cabo en la residencia del Provincial de los jesuitas para Centroamérica, con la asistencia de Mons. Rivera, Mons. Gregorio Rosa, Mons. Ricardo Urioste y el Sr. Nuncio de aquel entonces, Mons. Francesco de Nittis, así como su Secretario, Peter McGee.

Fue un momento extraordinario de vivencia espiritual en el que María Julia hizo una especie de confesión de fe apoyada en diversos textos paulinos. Entre ellos recuerdo especialmente su modo de asumir personalmente, para ella y para su trabajo, las que Pablo llama pruebas de un apóstol: *“Somos muy perseverantes; soportamos persecuciones, necesidades, angustias; azotes, cárcel, motines, fatigas; noches sin dormir y días sin comer... Luchamos con las armas de la justicia, tanto para atacar como para defendernos. Unas veces nos honran y otras nos insultan; recibimos tanto críticas como alabanzas. Pasamos por mentirosos aunque decimos la verdad; por desconocidos, aunque nos conocen; nos dan por muertos y vivimos; se suceden los castigos y todavía no hemos sido ajusticiados. Nos creen afligidos y permanecemos alegres. Tenemos apariencia de pobres y enriquecemos a muchos; parece que no tenemos nada y todo lo poseemos”* (2 Cor 4-10). Síntesis perfecta de la intensidad con que María Julia vivió se entrega a la causa de los Derechos Humanos desde su profunda identidad cristiana.

Cuando la UCA le otorgó el Doctorado Honoris Causa el año 2004, algunas de las palabras que se dijeron, citadas extensamente, pero que recogen el sentimiento y significado de la vida de María Julia, fueron las siguientes:

“Nos hemos reunido para honrar con la máxima distinción académica a María Julia Hernández. Precisamente en el decimoquinto aniversario de la muerte martirial de los jesuitas y sus dos colaboradoras, y en el momento en que el lema del mismo es una frase de Ellacuría, asumida por todos sus compañeros, que habla de la necesidad de revertir la historia desde las víctimas.

Al honrar a esta amiga estamos reconociendo una labor de enorme calidad y compromiso, a la hora de construir una historia diferente, de revertirla desde las víctimas en favor de los más pobres. Esta distinción, no sólo es académica, sino también profundamente humana y cristiana. Los que honramos a María Julia creemos que Jesús de Nazaret, el Cristo, es la gran víctima que revierte la historia humana y la convierte de una historia de egoísmo y autodestrucción fratricida, en una historia de salvación, de esperanza y de fraternidad solidaria. María Julia supo ver en las víctimas de nuestras guerras el rostro sufriente del Señor. Y desde una fe ardiente y comprometida se esforzó por detener la locura. Salvar vidas, humanizar una situación histórica deshumanizada, bajar de sus cruces a quienes la injusticia y el egoísmo seguía crucificando, se convirtió en su

modo de vivir la fe, de seguir al Señor y amar a los hermanos.

María Julia entendió desde su fe que sólo la solidaridad humaniza, que sólo la libertad de todos, nos permite vivir como hermanos; que únicamente el respeto a la igual dignidad de todas las personas puede convertir a nuestras sociedades en comunidades humanas y humanizadoras. Y realizó esta tarea desde esa razón compasiva que da sentido al intelectual cristiano. No una simple razón manejada al capricho y servicio del yo individual, o del grupo al que se pertenece. Frente a la razón de un estado autoritario y plagado de injusticias, sólo la razón compasiva y solidaria construye. La misma racionalidad de nuestros jesuitas sacrificados martirialmente, de Monseñor Romero y de tantos y tantas gentes buenas en El Salvador, que ante el dolor de los hermanos decidieron vivir sin que la muerte fuera un freno para su acción solidaria.

Nuestra Universidad, comprometida con esa inspiración cristiana que nos pide a cada rato un mundo más humano, más justo y más solidario, quiere en este momento recordar ese enorme trabajo en favor de los Derechos Humanos que muchos de nuestros hermanos y hermanas realizaron en tiempos de locura y guerra. Artesanos de la paz, muchos de ellos ya no están entre nosotros. Como nuestra amiga hoy honrada, muchas personas de buena voluntad se dejaron impactar por el dolor ajeno y se convirtieron en los verdaderos pacificadores de nuestro país. Qué duda cabe hoy en día que la sangre de los masacrados, el dolor de los torturados y el llanto de las madres, fueron las semillas que clamaron poderosas y fructificaron en los corazones de tanta gente buena que luchó pacíficamente por la paz en El Salvador.

Honrando a María Julia, honramos a todos esos hermanos y hermanas que nos conmovieron, que nos hicieron mejores y que nos impulsaron a comprometernos con una sociedad más fraterna, alejada de la guerra y en búsqueda de una mayor justicia. Y los honramos también en ella, porque es digna representante de esa capacidad, humana y cristiana, de dejarse impactar por las víctimas, y de comprometerse, desde el dolor de ellas y desde la fuerza del Señor Jesús, en la construcción de una nueva sociedad. María Julia, bienvenida a esta casa que siempre ha sido tuya y que hoy quiere reconocerte públicamente como maestra nuestra, como doctora que universitariamente nos ha enseñado siempre el camino de la verdad. Gracias por aceptar nuestra invitación y por estar ahora, como siempre, al lado de todos y todas las salvadoreñas” (Archivo de rectoría UCA).

Santa Teresa de Jesús, Doctora de la Iglesia y clásica de la literatura española, decía que prefería rezar por la salvación de las personas en vez de por la propia. Y que prefería pasar hasta el fin del mundo en el purgatorio con tal de salvar del infierno con su oración a una sola persona (Camino de Perfección, 3, 6).

María Julia es de esa misma raza de mujeres fuertes, capaces de enseñarnos a los hombres lo que es la hombría, y que prefirió pasar toda su vida en el purgatorio de ser mal vista, en ocasiones incluso por parte de miembros de la misma Iglesia, con tal de salvar de la muerte y la tortura a un sólo hermano o hermana. Como decíamos al principio, un verdadero ejemplo de lo que hoy, desde la vida humana amenazada, debemos llamar vida plenamente humanizada o, en términos cristianos, santidad.

MARÍA
JULIA
HERNÁNDEZ

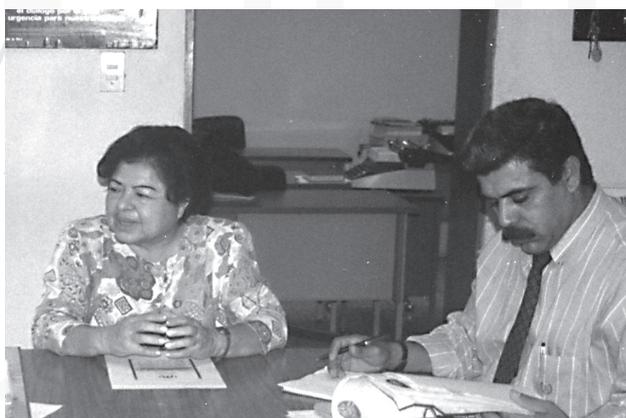
MARÍA

MARÍA

JULIA

JULIA

MARÍA



ACNUR y Tutela Legal velando por los refugiados de los campamentos de Honduras.
María Julia Hernández y Ovidio González.

Los derechos humanos no tienen horario

Ovidio Mauricio González,
Director de Tutela Legal del Arzobispado

El primer contacto que tuve con María Julia fue por el año setenta y siete, cuando yo recién había ingresado a la Universidad Nacional ¹ y ella era docente de Filosofía General en la Facultad de Derecho. Aunque no fue mi profesora, sabía que daba clase a los de nuevo ingreso, en el primer ciclo, y que éstos decían que era “muy yuca” ² y hacía “quebrazón” ³ de estudiantes. En aquellos días no supe por qué se retiró de la universidad, pero en 1985 me enteré que era la Directora de Tutela Legal del Arzobispado, que había sido Monseñor Arturo Rivera Damas que la había llamado para que se hiciera cargo de organizar y estar al frente de esa oficina de defensa de los Derechos Humanos y todo porque algunos compañeros de la época estudiantil trabajaban en dicha oficina. Entre éstos, puedo recordar a: Tito Otero, Luis Ramírez, Jorge Lozano, Alfonso Hernández, y otros cuyos nombres se me escapan. Por cierto, con Alfonso Hernández nos conocíamos desde chicos y éramos grandes amigos, pues era hijo de un compañero de trabajo de mi padre, en Santiago de María, lugar donde también residieron los padres de María Julia. En esa época yo laboraba como Fiscal, pero por estos compañeros mencionados sabía del gran trabajo que hacían en Tutela Legal en pro de las personas que eran violentadas en sus derechos.

En mil novecientos ochenta y nueve es asesinado el Fiscal General de la República, por lo que la Asamblea Legislativa nombra inmediatamente a otro en su lugar. Fue con él que comencé a tener problemas en mi trabajo, pues se me asignó un caso donde aparecían involucradas varias personas y yo no estaba de acuerdo con lo ordenado hacer. Básicamente, eran miembros de CRIPDES ⁴, y el nuevo Fiscal quería que a toda costa me opusiera a que los sobreesyeran, pese a que “la prueba” que aparecía en el proceso contra ellos, a todas luces parecía que había sido construida ex profeso por la Comisión de Hechos Delictivos y yo me sentía incómodo. Debido a esto, dejé que todo pasara sin oponerme. El Fiscal se dio cuenta y después de insultarme me pidió la renuncia. Se la presenté de inmediato y creo que a la semana, Alfonso Hernández, el compañero que ya laboraba en Tutela Legal y en quien María Julia confiaba mucho, al encontrarme en el Centro Judicial de San Salvador, me expresó que ella quería contratar a una persona con experiencia en el área penal y que dado que ya le había hablado de mí, que fuera a una entrevista.

¹. N.E. Universidad Nacional de El Salvador, UES.

². N.E. Muy estricta.

³. N.E. Aplazaba estudiantes.

⁴. N.E. Asociación de comunidades rurales para el desarrollo de El Salvador. Surge el 14 de julio de 1984 como una organización de base para ayudar en el proceso de retorno de la población salvadoreña refugiada dentro y fuera del territorio nacional. Este esfuerzo contó con el apoyo de la iglesia católica Salvadoreña y otras organizaciones internacionales.

<http://perso.wanadoo.es/gbajolempa/cripdes.htm>

Después de pensarlo por algunos días y viendo que en los tribunales era difícil la situación, pues había que *repartir lo ganado*⁵ en la *litis*⁶ con mucha gente, es que decidí ir. María Julia me entrevistó, me dijo ciertamente que necesitaba a una persona con experiencia en lo penal, pero también que no perteneciera a partido alguno u organización, al mismo tiempo que tenía que ser católico. Yo cumplía todos los requisitos, pero faltaba todavía que me pusiera al tanto de otros elementos que para ella eran importantísimos, y así, sin más rodeos, me explicó que el riesgo que se corría al defender o ayudar a las personas que les eran violentados sus derechos fundamentales era muy grande, por lo que tenía que pensarlo muy bien antes de decidirme a dar el sí, así como que ella exigía la estricta confidencialidad de la información que se recogía y, por último, si aceptaba, debía estar dispuesto las veinticuatro horas del día, pues los Derechos Humanos no tenían horario. Yo estaba perplejo, pero le dije que sí sin vacilaciones y no me arrepiento. La experiencia sobrepasó en realidad lo imaginado y logré aprender mucho de ella, como el resto de compañeros. Porque ciertamente María Julia tenía ese concepto de los Derechos Humanos, y por eso a veces nos llamaba a cualquier hora para ir a investigar algún caso o ir en busca de una persona detenida, después de lo cual, era de rigor hacer un informe sobre las diligencias que se habían hecho. Pero no solamente nos lo exigía a nosotros, sino que a ella misma, y así, sola muchas veces, se apersonaba en los cuarteles o puestos de los cuerpos de seguridad para exigir garantías y ver que se cumplieran las normas elementales. María Julia no se detenía a pensar sobre el riesgo. Simplemente trataba de buscar una respuesta en cada caso y darla a los familiares de la víctima, procurando que les fuera siempre favorable. Así, ayudó a muchísimas personas para que no fueran torturadas o asesinadas. Por ello, puedo decir que siempre admiré en ella su disposición, pues aparte de dar ánimo a las víctimas, buscaba inmediatamente cómo ayudarles. Además, ella estaba siempre presta para salir a ver o indagar sobre el caso que le llegaba; trataba de buscar la verdad en cada hecho y no adornaba una investigación. Por eso considero que Tutela logró una gran credibilidad.

Como anécdota ilustrativa, recuerdo que un día del mes de agosto del año 1989, como a eso de las cuatro de la tarde, María Julia recibió una llamada de la sección de Derechos Humanos del Estado Mayor, en donde le decían que "*delincuentes terroristas*" (así denominaba el Ejército a los combatientes del FMLN) habían lesionado a unos niños y a unos soldados en el interior de la *Repatriación de Santa Marta*⁷, en la jurisdicción de Villa Victoria, departamento de Cabañas, y le exigían investigar. Ante eso, dirigiéndose a mí, me dijo: "*Alistate que vamos a investigar un hecho*". Esto no dejó de molestarme, pues era al final del horario de trabajo, y ella, que lo percibió inmediatamente, me recordó una vez más que los Derechos Humanos no tenían horario.

Antes de llegar a Santa Marta, después de haber pasado por Villa Victoria, un oficial de un retén permanente del ejército nos detuvo, interrogándonos sobre el objeto de la visita a la zona. María Julia, tranquilamente le manifestó que íbamos a *investigar un hecho constituido de violación a derechos humanos* pero el oficial dijo que no podíamos pasar, que el acceso a la zona estaba restringido y que nosotros no residíamos ahí. Ante eso, ella le explicó que éramos un organismo de Dere-

5. N.E. *Repartir lo ganado* es dar mordida a resolutores, jueces, notificadores, etc.

6. *Litis*. Proviene del latín *Lis*. *Litis* se refiere a pleito o contienda, diferencia, disputa de litigio judicial, donde se litiga sobre una cosa. Este tecnicismo latino se conserva puro en el español como litigio.

<http://etimologias.dechile.net/?litis>

7. N.E. Lugar así denominado porque ahí se asentaron salvadoreños que anteriormente habían huido a Honduras y habían retornado al país.

chos Humanos, que éramos salvadoreños y por ello podíamos transitar por todo nuestro país y además, que nos lo había solicitado el Estado Mayor, incluso le explicó que la investigación de los casos sólo podía hacerse en el lugar donde habían ocurrido los hechos e insistió para que el oficial hablara con sus superiores. Por supuesto, todo esto lo decía en un tono fuerte, muy enojada. El oficial accedió a hablar por radio al Estado Mayor, después de lo cual dijo que podíamos pasar, pero que iba a registrar el vehículo para ver si no llevábamos armas. Al registrarlo y ver cámaras fotográficas y de video, nos dijo que ese equipo no lo podíamos llevar y que lo decomisaría. Nuevamente María Julia, con el carácter que la caracterizaba, le dijo, tomando la cámara de video y apretándola contra sí, que no se la daba, porque ése era su equipo, que cómo era posible que se lo quisiera decomisar, que era igual que a él lo mandaran a la guerra sin su fusil. Al ver y oír aquello yo pensé que el oficial nos iba a capturar e incluso ordenar que nos golpearan, pero éste se puso bastante nervioso, diciéndole que él tenía que cumplir órdenes. María Julia, sin ceder un palmo, insistió en que volviera a comunicarse con el Estado Mayor a efecto de que le ordenaran dejar pasar las cámaras y, muy tembloroso, como si hubiese sido una orden de un superior, el oficial se comunicó por radio nuevamente con el Estado Mayor, después de lo cual nos permitió pasar con todo el equipo. Yo, en mi mente, me preguntaba sobre cómo había hecho ella para lograr imponerse a alguien entrenado para reprimir y pensaba que esto decía mucho de su valor para enfrentarse a quien fuera y resolver.

Tutela Legal, durante el período del conflicto, se dedicó exclusivamente a investigar violaciones de Derechos Humanos, acompañar a las víctimas o sus familiares, denunciar los hechos... Para ello, María Julia había estructurado una ficha en la que se especificaban las diligencias que se hacían en cada caso; generalmente, era una investigación in situ, es decir, lo que se lograba recabar en la escena del hecho, ya sea testimonios de testigos, de víctimas, fotografías o lo que fuera útil para el caso, y aunque sí debo decir que en algunos casos se cometieron algunas imprudencias, pues se recogieron evidencias, posteriormente recuerdo que se incorporó a la investigación como una especie de comparar datos, de verificar diligencias judiciales.

Es indiscutible que en esa época, en los casos de asesinatos, lo único que hacía Medicina Legal era un simple levantamiento de cadáveres, en la mayoría de casos por 'peritos' que nombraba el Juez de Paz del lugar que no tenían conocimiento en la materia, pues eran sastres, albañiles, empleados, pero nunca médicos forenses. Fue María Julia la que impulsó que estos reconocimientos los hicieran médicos forenses, pero no sólo eso, sino que se hicieran autopsias, lo que de alguna manera se fue logrando. Otro logro de María Julia fue al buscar abrir el proceso penal sobre la masacre de El Mozote, siendo en este caso que se logró que peritos de renombre, como el Equipo de Antropología Forense Argentino⁸, realizará las exhumaciones y análisis de las osamentas, pericia totalmente desconocida en nuestro país, lo cual no era del agrado de quien dirigía en ese momento el recién inaugurado Instituto de Medicina Legal, ni del Presidente de la Corte Suprema de Justicia. Incluso, por vez primera en el país, fue María Julia la que en esa ocasión le propuso al Presidente de la Corte Suprema de Justicia y demás Magistrados de la época, que

⁸. Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF), es una organización no gubernamental y sin fines de lucro creada en 1984 para ayudar a descubrir con métodos científicos qué sucedió con las personas desaparecidas durante la dictadura militar en la Argentina (1976-1983). El uso de la ciencia en el área de Derechos Humanos comenzó en la Argentina, pero hoy es mundial.
http://es.wikipedia.org/wiki/Equipo_Argentino_de_Antropolog%C3%ADa_Forense

dicha Corte creara su propia unidad de Antropología Forense, para no estar dependiendo de otras instancias y países. Que Tutela Legal, que ya había patrocinado talleres sobre dicha disciplina, le ofrecía su colaboración... pero no tuvo éxito. La Corte jamás mostró su interés y hasta la fecha no existe ninguna unidad de Antropología Forense en el Instituto de Medicina Legal, que buena falta hace en El Salvador. También creó la Unidad Educativa en Derechos Humanos de Tutela Legal, apoyada en el hecho que la gente, en su mayoría, desconoce cuáles son sus Derechos. Así, instituyó unas cuñitas de radio que se estuvieron pasando por algún tiempo en una emisora católica, hasta que las clausuraron, al tiempo que instituyó otros mecanismos de Educación en Derechos Humanos de la población civil, desarrollados al menos en tres etapas: 1990-1992: el programa de educación se orientó a la formación en Derechos Humanos de religiosas, sacerdotes y agentes de pastoral. Esta actividad se impulsó a nivel de vicarías. Luego, de 1993 a 1996, el programa se orientó a la formación de maestras y maestros tanto en escuelas como en colegios parroquiales. Desde 1997 el trabajo de Educación en Derechos Humanos se concentró en la formación de agentes de pastoral cuyo objetivo es crear Comisiones Parroquiales de Derechos Humanos a fin de que actúen como promotores y defensores locales.

Puedo decir, que valoro grandemente de María Julia su visión integral de los Derechos Humanos y su terquedad, o más bien tenacidad en entregarse al servicio que realizaba. El ayudar a la gente sin ninguna discriminación y sin escatimar esfuerzo. Como ya dije, nunca le importó el riesgo. Nos enseñó esa mística de atender a la gente, de ayudarlo, de buscar el ingenio para obtener alguna respuesta favorable, de hacerlo sin importar la hora, si hacía calor o estaba lloviendo. También se preocupó porque todos los que con ella colaborábamos estuviéramos actualizados, que aprendiéramos a plenitud lo que eran los Derechos Humanos, materia que en nuestras universidades no se enseña o que se enseña muy poco, por lo que buscaba cómo invitar especialistas en la materia para que nos impartieran charlas, así como también invertía mucho esfuerzo para que tuviéramos el equipo adecuado para nuestras investigaciones, para nuestro trabajo, al igual que estaba pendiente de que tuviéramos a tiempo nuestros salarios y prestaciones como la ley establece e incluso trataba de mejorarlas. Es decir, que ella se preocupaba integralmente por todo.

Por último, añadir que María Julia siempre nos repetía que nos consideraba parte de su familia, y no fue sino hasta su fallecimiento, que la mayoría de los que laborábamos en Tutela conocimos al fin a su familia de sangre, a esa familia que tanto amaba.

Durante el tiempo que la tratamos, ella depositó mucha confianza en su equipo, a tal grado, que nosotros sabíamos mucho de lo que hacía, de sus problemas e incluso de cuándo su salud se iba deteriorando. La acompañamos en muchos de esos momentos y recuerdo que nos turnábamos para visitarla en el hospital e ingeniarnos para lograr introducir el celular, ya que ella lo exigía para hacer llamadas relacionadas con el trabajo, así como nos exigía que le lleváramos alguna documentación de los casos en proceso... y pobres de nosotros si no lo hacíamos, pues se enojaba mucho.

Todo ello nos revela, pues, que una mujer como ella no se consentía, no lograba descansar realmente y que jamás flaqueó para resolver un caso.



Ana Cristina Cepeda, María Elena Galván, María Julia Hernández,
Rose Marie Galindo y Claudia Hérodier.

¿Quién era María Julia en realidad?

Claudia Hérodier

Ver para atrás y no saber con quién hicimos amistad sino hasta que ya pasaron 41 años, no es cosa de todos los días. Eso ha sido sin duda alguna lo que a mí me ha ocurrido con María Julia Hernández, a quien la coordinación y edición de los testimonios recogidos en este librito, presentan hoy por vez primera en una faceta para mí absolutamente insospechada –quizá la más radical en ella– y eso que durante los 37 años que duró nuestra amistad, hasta el momento de su muerte, no desconocía datos de su vida, aunque vale aclarar que fue siempre María Julia tan escuetamente comunicativa de lo suyo, que decir que los demás sabíamos ‘aquello’, ‘esto’ o ‘lo otro’ de manera detallada y concreta, era decir demasiado. En realidad, sólo conocíamos lo esencial, Es decir, que había nacido en 1939 en Honduras, hija de padres salvadoreños, que había estudiado en el Colegio Sagrado Corazón hasta su Bachillerato, que se había ido a estudiar inglés a Estados Unidos y querido ser monja en España, pero se arrepintió y se salió, y que al regresar a El Salvador, se había metido a la universidad dispuesta a sacar una carrera como todos los demás. Pero recorramos el camino desde el principio.

En 1969, la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”, UCA, abrió una nueva Facultad a la que llamó Ciencias del Hombre y de la Naturaleza, en la que servían las carreras: Psicología, Letras y Filosofía, para empezar. Entusiasmada como tantos otros, hice el examen de admisión en febrero de 1969 y ya en marzo arrancaba mis estudios. Recuerdo a nuestros compañeros seminaristas en el turno de la mañana, así como a varias mamás de algunas compañeras de colegio, que cansadas de ser sólo mamás, se habían metido a estudiar una carrera junto a sus hijas.

Al año siguiente ya tenía múltiples conocidos y amigos, debido a que durante todo ese tiempo me había dado a la tarea de visitar los otros grupos de estudio y fue precisamente en uno de ellos, cuando cursaba su primer año de Universidad, que conocí a María Julia, una joven adulta de 31 años, seria pero cordial, siempre dispuesta para las relaciones personales y las reuniones sociales, expansiva, muchachera,¹ dueña de sí, abordable, franca, de mirada directa, que casi nunca usaba vestido y que generalmente llegaba con pantalones acampanados, como era la moda, y esto, por cuanto no sólo venía ‘de otras latitudes’ donde el uso del pantalón en la mujer quizás era algo usual,

¹. N.E. Muchachero, ra. 1. adj. Méx. y Nic. Dicho de una persona adulta: Que gusta de departir y relacionarse con los jóvenes. http://buscon.rae.es/draeI/SrvltConsulta?TIPO_BUS=3&LEMA=cultura

sino porque “*las féminas*” de la Facultad ya habíamos librado ‘*la batalla de los pantalones*’ y ya les habíamos abierto el camino a las que venían detrás, gracias a Violeta Prado que fue su iniciadora y al sacerdote que estaba fungiendo entonces como Decano provisional, Lic. Antonio Pérez G., que extrañado de por qué lo pedíamos, nos dio el permiso.

En 1970, pues, cuando para El Salvador y para nosotros, sus jóvenes de entonces, se estaban definiendo los caminos y confiábamos en un futuro alegre, luminoso y prometedor, María Julia y yo nos encontramos en una de las aulas de aquella UCA que al igual que nosotros pronto se sometería a los designios de los tiempos y a las grandes convulsiones del parto social de nuestro país. De ahí, pues, que hablar de María Julia es hablar de una época, de aciertos y desaciertos, de grandes sueños, de una generación sacrificada, y, sobre todo, de la época más sangrienta del siglo XX en El Salvador.

En aquellos días, por cuanto la nueva Facultad ya aglutinaba unos 300 estudiantes, se vio la necesidad de convocar a elecciones a fin de elegir ‘autoridades estudiantiles’, por lo que también se instituyó un Consejo Electoral Estudiantil para que éste hiciera los estatutos y efectuara la elección. Se formaron dos partidos, se hizo la propaganda correspondiente y todo se dio a pedir de boca. Pronto tuvimos trabajando a la planilla elegida en pro de los intereses del estudiantado, lo que implicó en cierto momento tomar partido por uno u otro bando de los ya formados dentro de los jesuitas, que al igual que otras órdenes religiosas femeninas o masculinas en el mundo entero, adoptaban o rechazaban los principios del Concilio Vaticano II y la Conferencia de Medellín con la Teología de la Liberación por base, lo que se traducía en la educación.

Ya para entonces María Julia había sido elegida como Representante Estudiantil, por su edad, madurez y experiencia, tanto como por aquella convicción apasionada con la que hablaba; así, a ella y a Ena de Linares (otra estudiante que había sido mi profesora de Castellano en el colegio, y también Delegada estudiantil) les tocó enfrentar el primer gran acomodo de la Facultad en 1971, cuando el padre Segundo Montes, su hermano Santiago (que recién había llegado a suelo salvadoreño con su esposa Isabel) y otros sacerdotes jesuitas acompañados de algunos seguidores suyos, seglares, capitaneados por el padre Ignacio Ellacuría, reorganizaron la Facultad redistribuyendo entre sí las jefaturas de los Departamentos y el Decanato, dejando fuera a su primer estructurador, el padre Antonio Pérez que tanto admirábamos, respetábamos y queríamos la mayoría de estudiantes. Así las cosas, la polémica entre nosotros no se hizo de esperar y pronto se formaron bandos a favor de unos o de otros. Por ello, durante toda esa época y hasta ya entrado el 72 hubo varias reuniones realmente trascendentales en Ciencias del Hombre y fue precisamente a propósito de una de ellas, apenas una hora antes de efectuarse, que tuvimos el primer encontronazo con María Julia. Afortunadamente para mí, como esa noche *Mahucutah*, el conjunto de música folklórica y de protesta al que yo pertenecía, tenía un concierto en el Teatro de CAESS², me fui volando³ para ahí y ya no supe en qué paró la reunión del Departamento de Filosofía donde estudiábamos ambas. Lo que sí supe fue que al término del concierto, al teatro llegaron Armando Oliva y Ana Cristina Cepeda que llevaban a María Julia para pedir dis-

² N.E. CAESS, Compañía de Alumbrado Público de San Salvador S. A. de C.V.

³ N.E. 1. adv. m. coloq. Inmediatamente, muy deprisa.

http://buscon.rae.es/drael/SrvltConsulta?TIPO_BUS=3&LEMA=cultura

culpas, lo que me emocionó profundamente pues quedaba restablecida la amistad y sentado el precedente de la humildad y reflexión, que luego habrían de ser más que medulares en su vida.

Fue por cierto en estos años donde caí en la cuenta que ambas estábamos 'prendadas' de un mismo sujeto y que ella se sentía con más derecho que yo en lo que a su afecto o atenciones se refiriera, por lo que vivía repitiéndome sutil y hasta cariñosamente, que yo "sólo era una niña" y que fulano de tal era ya todo un hombre, que cómo se iba a fijar en mí... y casi a continuación venía la contada del cuento de lo que fulanito de tal le había dado 'a ella', o 'ella' a él, o las veces que habían ido al cine y luego a su casa a dejarla, etc. Por supuesto, aquello me mataba de celos, pero ni modo, tenía que admitir que diez años más eran diez años más y representaban mucha ventaja acumulada ante mi inexperiencia. Lo gracioso fue que fulanito de tal nunca cortejó a ninguna de las dos y pronto se marchó del país tan tranquilo, dejándonos sólo el saborcito a rivalidad entre ambas y una amistad que, mal que bien, en vez de debilitarse se fortalecía. ¿Cómo pudo ser esto? No lo sé, pero fue.

En todo caso, hoy pienso que de haber habido en nuestra juventud y en este país, hombres que estuvieran a la altura de María Julia, de su dignidad y robustez humana, estoy segura que esa opción religiosa que tuvo en su juventud y relegó durante todos esos años de estudiante, hubiera quedado totalmente superada y habría llegado a ser una excelente esposa y madre de familia ejemplar. Me consta, como nos consta a algunos de sus compañeros, que en esos años ella hubiera querido tener un hombre a su lado, un hombre de altura con quien compartir la vida, pero, desgraciadamente, aquí en El Salvador, en esa época y, sobre todo, en aquel ambiente de puros cipotes y curas u hombres casados, esto no fue posible.

En fin, pasaron los años, murieron mis padres, vino la guerra, me fui del país y al volver de visita un día, seis años después, empecé a notar que María Julia había cambiado. En aquel momento lo atribuí a lo complejo de su trabajo, a la dureza de la guerra (siempre le admiré el 'ñeque'⁴ que tenía), pero no caí en la cuenta de lo que se trataba realmente sino hasta que volví del todo a El Salvador y ya habíamos formado el *Club Lulú*⁵ a finales de los 90 y todo por mi insistencia en leer capítulos de un libro graciosísimo titulado *Si Eva hubiera sido Adán*, del humorista Daniel Samper Pizano⁶ que, tal como lo catalogan algunos críticos, no es más que "una versión risueña de la Biblia". Claro que yo sabía desde siempre —y ya lo he dicho— que María Julia había querido ser monja, pero de ahí, a presuponer que lo religioso se le había desarrollado más al punto de volverla hasta intransigente con otras creencias y valoraciones, no tenía ni idea, pues antes nunca había mostrado esa actitud. Fueron María Elena Galván y Ana Cristina Cepeda (ambas compañeras y amigas comunes desde la universidad, tanto como sus ex colaboradoras en Tutela Legal del Arzobispado), las que me tuvieron que actualizar en ese punto y lo único que compren-

⁴ N.E. Bol., Ec., El Salv., Guat., Hond. y Perú. Valor, coraje.

http://buscon.rae.es/drael/SrvltConsulta?TIPO_BUS=3&LEMA=ñeque

⁵ N.E. El Club Lulú fue un club de amigas y amigos (los Tobi del club) conformado por María Julia Hernández, María Elena Galván, Ana Cristina Cepeda, Humberto Girón, Veniero Gaggio y yo, como asistentes y miembros regulares, teniendo como miembros honorarios a los sacerdotes jesuitas: Manuel Mazón y Antonio Pérez, así como a Rose Marie Galindo de Galindo y Lorena Velázquez de Gustave, como miembros representantes en el extranjero.

⁶ N.E. Escritor colombiano. Ha sido editor, columnista, autor de más de veinticinco libros, guionista de televisión y cine, profesor universitario y conferencista internacional. Se recibió en la Universidad Javeriana como abogado. Sus escritos se caracterizan por un amplio sentido del humor y crítica social. http://es.wikipedia.org/wiki/Daniel_Samper_Pizano

dí a ciencia cierta fue que yo era la piruja ⁷ del grupo y que lo mejor era hacerme a la idea y participar de lo suyo en la medida en que no dañara mis principios no-creyentes. Por supuesto, tardamos meses en volvernos a ver y no hubiera sido esto posible si no nos hubiera unido una foto que ella me había tomado en la playa poco antes del incidente y que yo había puesto en la contraportada de mi libro *Traición a la Palabra* (publicado dentro de la Colección “Juntas Llegamos a la palabra” por la Universidad Tecnológica de El Salvador en 2002), a cuya presentación lógicamente invité. En todo caso, continuamos la amistad, porque bien dice el dicho que “*Al amigo conocerlo y no perderlo*”, y hasta llegó ella a fundar con nosotras ⁸ el Círculo de Filósofas *En Honor a la Verdad* tanto como el boletín *Espacio Filosófico*, así como seguimos cada sábado por la noche gozando de nuestro Club.

Fue en 2005 cuando al llamarme Nora Franco (una chica argentina que vivió en El Salvador varios años y que trabajaba en cuestiones de mujeres) para invitarme a entrevistar y redactar las biografías de algunas salvadoreñas entre varias que postularían para el Premio Nobel de la Paz, que me enteré que una de ellas sería María Julia, pero que no estaban seguras si aceptaría pues ya había rechazado la misma invitación en ocasiones anteriores. Recuerdo que le dije a Nora si me permitía intentar hablar y convencer a María Julia y por cuanto me dijo que sí, lo hice de inmediato. En esa conversación, recuerdo que ella me decía que para qué si de todas formas no ganaría, pero le contra argumenté que lo importante no era ganar sino representar a su país por lo que le sugería pensarlo y aceptar, porque era un gran honor. Se quedó callada algunos segundos hizo un par de comentarios más y al fin dijo que aceptaría la nominación, que podía decirle a Nora que la llamara. Días después la entrevisté para posteriormente redactar la biografía que acompañaría su nominación y así tuve el primer gran contacto con su mundo religioso y laboral. Ahí empecé a descubrir a una María Julia con la que yo, seglar y no creyente, jamás había tratado.

En primer lugar, llamó mi atención que dijera que cuando Rivera y Damas le ofreció ser Directora de Tutela Legal, aceptó porque tuvo la certidumbre que era un milagro concedido por Mons. Romero, por lo que pese a que cobró conciencia del gran peligro en el que estaría su vida a partir de ahí, se puso en las manos de Dios y optó por preocuparse de la seguridad de los demás. “*Eso me dio una gran fuerza. Una gran calma*” –me dijo– añadiendo que al inicio, cuando iba a las cárceles y se encontraba con personas terriblemente torturadas, sólo su fe en Cristo y la autoridad que le había conferido su nombramiento la habían hecho mantenerse con firmeza.

También llamó mi atención que dijera que pese al grado de impunidad en El Salvador de post guerra, gracias a la Ley de Amnistía: “*algún día llegarán gobernantes con voluntad política de juzgar a los violadores porque son crímenes internacionales, crímenes de lesa humanidad y crímenes de guerra. Y esos son inamnistiables, son crímenes que no caducan en el tiempo y un día, pues, serán juzgados*”. Sentencia o profecía con la cual coincido personalmente 100 por ciento, pues no puede ser que nuestra memoria histórica no guarde registro de tanto horror, de tanta ignominia

⁷ N.E. 1. adj. El Salv. Que no cumple con sus deberes religiosos.
http://buscon.rae.es/drael/SrvltConsulta?TIPO_BUS=3&LEMA=piruja

⁸ N.E. María Elena Galván, Ana Cristina Cepeda y Claudia Hérodier.

y que nadie hago algo al respecto. En este punto, viene a mi mente que a principios de 2006, a propósito de la ópera *El Mozote*, del compositor salvadoreño Luis Díaz Hérodier, mi hermano, y pese a tener ya redactado el libreto de la misma, recordé que María Julia tenía bajo su cuidado la investigación de la Masacre, la cual era el sustrato de la ópera, por lo que no dudé en solicitarle ayuda. Recuerdo que fue en casa de Ana Cristina donde abordé el problema y que no sólo escuchó atentamente, sino que se mostró muy entusiasmada: “Una ópera” –decía–. “¡Una ópera de... *El Mozote!*”, y le brillaban los ojitos. A los días, me entregó bajo mil precauciones y promesas, un legajo conteniendo lo que Tutela Legal había investigado y días después me invitó a ir con ella y el Licenciado Wilfredo Medrano a El Mozote para entrevistarme con Rufina Amaya, la trágica sobreviviente. Cómo se rió ésta al contarle lo de su casamiento por la Iglesia –en la ópera– con Domingo Claros, su segundo compañero en la vida real, y cómo me sirvió el documento dado por María Julia para re situar a los personajes y darles más sabor a realidad. A partir de ahí, no perdí oportunidad de preguntarme cuándo la estrenaríamos en El Salvador, tal como era la idea de mi hermano y mía. Desgraciadamente, pese a que se les propuso a las tres últimas cabezas de la rama de Cultura: Federico Hernández Aguilar (2006), Breny Cuenca (julio de 2009) y Héctor Samour (abril de 2010) todos, curiosamente, han coincidido en lograr... ¡nada!

Pensar que la última vez que vi con vida a María Julia (la noche antes de que quedara desconectada del mundo) insistió tanto en que no nos descorazonáramos, que teníamos que lograr hacerla aquí, donde era lógico su estreno. Pero... murió Rufina el 6 de marzo de 2007, María Julia 24 días después; Tutela Legal del Arzobispado publicó el libro ⁹ que recoge toda la investigación; incluso en el testimonio que brinda Monseñor Rosa Chávez en el presente libro, anuncia a pie de página que la UCA está por lanzar otro documento, porque las investigaciones sobre la masacre continuaron ... ¡Y nosotros los salvadoreños, todavía no hemos podido cumplirle a las víctimas, a Rufina y a María Julia, ni siquiera a nivel musical! Ya se ve que en nuestro país, el interés por lo propio, incluso en estas áreas, vuela a los techos vecinos y así, gracias a la generosidad y solidaridad de otro pueblo se logró estrenar la ópera en Bogotá, Colombia, en noviembre de 2008.

Pero volviendo a algo del principio, allá cuando decía que la coordinación y edición de este libro me habían permitido conocer a una María Julia insospechada, debo decir que a ello se añan ciertos recuerdos que quedaron por ahí, prendidos en mi memoria, que son los que me han llevado a conjeturar lo que enseguida habré de explicar, como es el comentario de Gloria, su hermana (recién muerta María Julia), acerca de la orden religiosa donde ésta quiso profesar: Mercedarias Misioneras de Bérriz (MMB), España, así como enterarme a través de Paula Figueroa, que María Julia se consideraba seguidora de la Virgen María y que acostumbrara rezar de manera conjunta con su equipo de trabajo (lo que fue ratificado por otros colegas suyos) y otros detalles similares. Todo ello, unido a una curiosidad mía no satisfecha por María Julia en relación a su correo electrónico, a más de los resultados de la búsqueda en Internet sobre esa orden religiosa de la que María Julia nunca habló pero Gloria sí, me llevó a caer en la cuenta de lo idéntico de las siglas empleadas por una monja mercedaria misionera en su correo electrónico (**mmbroma@etc.**) y aquellas que usaba María Julia en el suyo: **mmb@etc.** Es decir, que aquel **mmb** (mercedarias misioneras de bérriz) me lle-

⁹. Tutela Legal del Arzobispado de San Salvador, *El Mozote, lucha por la verdad y la justicia: masacre a la inocencia*. 1ª. ed., San Salvador, El Salvador, Tutela Legal del Arzobispado de San Salvador, 2008.

vó a conjeturar sobre la posibilidad que María Julia, en algún momento de los años 80, retomó su antigua opción religiosa, en la medida que se fue involucrando con la defensa de los Derechos Humanos desde un flanco eclesial, con la salvedad que ella era y seguiría siendo seglar.

Verdad o no, considero que es mucha la coincidencia entre lo que la Orden de la Merced, (fundada en 1218 por Pedro Nolasco para lograr la redención de los cristianos cautivos de los musulmanes) establece como nuevas formas de cautividad a partir de 1986, aquellas que se dan allí donde hay una situación social en la que concurren las siguientes condiciones:

- 1.- es opresora y degradante de la persona humana;
- 2.- nace de principios y sistemas opuestos al evangelio;
- 3.- pone en peligro la fe de los cristianos; y
- 4.- ofrece la posibilidad de ayudar, visitar y redimir a las personas que se encuentran dentro de ella”.

“Los mercedarios se comprometen con un cuarto voto, añadido a los tradicionales de pobreza, obediencia y castidad de las demás órdenes, a liberar a otros más débiles en la fe, aunque su vida peligre por ello”.¹⁰

Por otra parte, “Como “vocación misionera” la llamada mercedaria exige una capacidad de adaptación, de “lectura cristiana” de los signos de los tiempos, de aprecio por los valores de la cultura humana, de conciencia ética para descubrir las “nuevas formas de cautividad” del mundo concreto; se requiere de personas de discernimiento redentor y no tanto de “activistas apostólicos” o “frenéticos de actividad pastoral”. En el fondo, se trata de personas que se capaciten para ver con los ojos de Pedro Nolasco o de los fundadores, que pueden vivir una fidelidad dinámica al espíritu y carisma del instituto. Se trata de percibir el humanismo mercedario centrado en la conciencia de la dignidad de las personas, sin lo cual no hay anuncio del evangelio liberador”.¹¹

Entonces, recapitulando, mi conjetura me lleva a preguntarme: ¿Qué mejor contexto que una guerra civil para activar el dispositivo de entrega, de servicio, de piedad y abnegación hacia el otro y más cuando ese dispositivo se asienta en una fe, en un Dios? Y vienen a mi memoria las palabras con las que María Julia concluyó esa entrevista que le hice y a la que me he referido más arriba, ahí cuando le pregunté qué le daba esa energía, ese valor para seguir adelante:

“El motor es el pueblo salvadoreño que está en una indefensión terrible, en una precariedad terrible, pero también sé que a nivel religioso, defender los Derechos Humanos, es también una labor de evangelización porque es la defensa de la dignidad de la persona humana, de hombres y mujeres como imagen de Dios. Es una opción de amor, una opción de fe. Y no pienso retroceder en ello”.

*Por todo ello, pues, y aunque como ya dije, no soy creyente:
¡Viva, pues, el coraje de María Julia, y viva ciertamente muchos años en
los brazos de su pueblo como ejemplo de generaciones!*

¹⁰ N.E. http://es.wikipedia.org/wiki/Orden_de_la_Merced

¹¹ N.E. <http://usuarios.multimania.es/mercedchillan/orden1.html>

Durante los años de la guerra civil salvadoreña hubo una mujer que constantemente aparecía en los noticieros y periódicos, haciendo declaraciones y denuncias que en aquel entonces podrían implicar una sentencia de muerte para quien las hacía, su familia y los miembros de su entorno. Muchos nos preguntábamos de dónde sacaba esta señora tanto valor, coraje y energía, que la llevaban a poner frecuentemente en riesgo su vida, defendiendo a seres desconocidos unos, y conocidos otros, pero todos salvadoreños, todos hermanos nuestros. Pensaba que algún día la conocería, que Dios tendría que darme la oportunidad de hablar con ella del trabajo que desempeñaba con su equipo, que tanto me hacía admirarla y respetarla.

Desafortunadamente no fue así, nunca tuve esa oportunidad. Un día supe de su muerte, el corazón le había fallado, me dijeron, y me dio muchísima pena no haberla conocido. Cada vez que se habla de las luchas emprendidas en defensa del derecho a la vida, del respeto y la dignidad del ser humano, surge en mí la necesidad de rescatar su historia, de conocer de qué alimentaba su espíritu para haber podido lograr todo lo que hizo. Dios me contestó dándome la oportunidad de trabajar en este cargo y gobierno, donde hemos asumido todos la responsabilidad de promover y fomentar los derechos humanos; ello hace posible que esa persona sea conocida por las nuevas generaciones sin olvidar jamás de dónde venimos, recordando las vidas que, como la de ella, sustentan nuestro presente porque contribuyeron de una manera especial a cimentar las bases del país en el que ahora vivimos.

Con esa intención, un día le comenté esta reflexión a mi amigo y compañero de trabajo David Morales, actual Director General de Derechos Humanos del Ministerio de Relaciones Exteriores, quien de inmediato me expresó su apoyo y me dio una lista de personas que, como él, convivieron con ella esa etapa de nuestra historia, principalmente compañeros de trabajo y de universidad, así como miembros de su familia.

El Ministerio de Relaciones Exteriores, a través de la Dirección General de Cultura y dentro de las celebraciones del Bicentenario de las gestas de la Independencia, está publicando la **“Colección 1810-2010, Mujeres y Hombres Protagonistas de Nuestra Historia”, dentro de la cual se edita el libro “MARÍA JULIA HERNÁNDEZ, en el Tiempo”**. Este libro recoge testimonios sobre la entrañable historia de María Julia y de las personas que vivieron con ella tan difíciles momentos, permitiéndonos difundir su gran labor por los derechos humanos. A la vez, esta publicación quiere ser un homenaje de agradecimiento de tantos salvadoreños y salvadoreñas a quienes ella defendió con inusual valentía y consiguió que sus vidas fueran respetadas.

MARIA JULIA fue una mujer extraordinaria, valiente y generosa, que pertenece a esa saga de hombres y mujeres que dedicaron sus vidas a conquistar una realidad más justa y humana en nuestro país. Nosotros descubrimos, a través de la lectura de estos testimonios, que el secreto de su valor era el inmenso amor a la patria que la vio nacer y su profunda fe en Dios, quien la guiaba, sustentaba y protegía.

Ana Magdalena Granadino
Directora General de Cultura
Ministerio de Relaciones Exteriores

Colección

1810 - 2010

MUJERES y HOMBRES

PROTAGONISTAS DE NUESTRA HISTORIA
DIRECCIÓN GENERAL DE CULTURA
MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES